

Curro Rodríguez
Sólo el Demonio lo Sabe

Ediciones Teoría de la Catástrofe

Primera edición: Ediciones Teoría de la Catástrofe.

Marzo, 2010.

Diseño de portada: Curro Rodríguez.

Foto Interior: Hospital San Carlos, Aranjuez.

A la memoria de Antonio y Juana.

Mis abuelos.

Índice

I. In Vino Veritas

II. Nihil Obstat

III. Omnes Vulnerant, Ultima Necat

IV. Epílogo

In Vino Veritas

I

Era un son repetitivo, acompasado, tan rítmico que resonaba como una partitura perfectamente ejecutada en mi cabeza. Una gotera con la forma del mapa de Italia, bota incluida, dominaba la mayor parte del techo del calabozo donde me habían arrojado hacía unas horas. El goteo incesante sobre mi rostro había hecho que despertara de un placentero sueño viajando por la costa del pacífico mexicano. Nunca estuve allí pero me gustaba como lo estaba soñando. Todavía era de madrugada, aunque el alba ya despuntaba fuera de aquellos muros, y la celda comenzaba a transformarse del Negro propio de la Soledad al Gris compañero de la Desesperación. Me había desvelado.

Esa misma noche había estado bebiendo en la taberna de los madereros como de costumbre. Oía incesantemente a un tipo gordo, calvo y con una enorme verruga en la frente recitando a voz en grito unos versos:

- ¡Qué os jodan! ¡Qué os jodan a todos!-

Lo acababan de echar de la fábrica por alcohólico y no había encajado muy bien la decisión irrevocable de la empresa, y menos aun aquello de “No queremos vagos borrachos en esta Santa Casa”.

- ¡Porque aquí los únicos santos son los muertos!-
Repetía una y otra vez. ¡Qué os jodan! ¡Qué os jodan a todos!

Así que nuestro amigo, se enfureció hasta tal extremo que comenzó a repartir pan en forma de tortazos a diestro y siniestro. Cuando llegó a donde yo estaba refugiado de sus tentativos golpes, le esperaba blandiendo un taburete. A los cinco segundos, el de la verruga en la frente estaba en el suelo masticando sus propios dientes y murmurando algo en cualquiera de las lenguas de Babel. Yo esperaba que se quedase allí tumbado, reflexionando sobre lo desmedido de sus acciones y lo poco cordial de su actitud. Iluso de mí, me di la vuelta, y en lo que se consume una cerilla el poseído se había subido a mi espalda babeándome el cuello.

Recuerdo bien poco de lo que pasó a continuación. Al parecer el dueño había llamado a la Guardia Urbana, y cuando llegaron no daban crédito a sus ojos, y si hubieran sabido quien era Dante, no se hubiesen ahorrado comparaciones con la Divina Comedia: Media taberna con la crisma abierta y un gordo, calvo y con una verruga en la frente aporreando mi cabeza contra el suelo. Consiguieron quitármelo de encima a base de estacazos y porrazos en la espalda, hasta que uno de los guardias le asestó un certero mamporro en la cabeza que lo dejó soñando con el Río Tajo. Pidieron explicaciones al dueño de lo sucedido y finalmente acabamos los dos en los calabozos de la jefatura por desórdenes públicos, empapados en sangre, sudor y litros de alcohol. Ahora el angelito duerme en la celda de al lado y yo me pregunto quien o qué es el causante de tanta barbarie. De momento me duele la cabeza por los golpes e intentar solucionar el misterio.

Desde que nací he respirado el hedor de estas calles. Mis padres fueron de las primeras generaciones de

obreros fabriles que llegaron del campo a los templos del progreso y la civilización. Trabajaron toda su vida y solo consiguieron reunir el suficiente dinero para comprar la casa a la que habían llegado por primera vez desde el pueblo. Cada noche, cuando paso el umbral de mi casa, todavía en pie, me acuerdo del sufrimiento que derrocharon para conseguir aquel hogar y no dejar que un hijo muriera de hambre. Como ambos tenían que trabajar para sacar adelante la casa, me dejaban al cuidado de un paisano de mis padres, antiguo profesor de la escuela del pueblo, seguidor de las corrientes pedagógicas libertarias, que tuvo que exiliarse antaño por no sé qué líos con la hija del terrateniente local. Nunca me confesó, por más que lo intenté, la historia de la hija del cacique. Se ponía rojo de ira, puede que de vergüenza, y empezaba a recitar la lista de reyes visigodos hasta que se calmaba.

Su nombre era Germinal y puede decirse que crecí y maduré más con la educación que recibí del maestro que con la de mis padres. Me infundía a cada

momento que pasábamos juntos la curiosidad por todo acontecimiento, materia o idea que se nos presentase en nuestras conversaciones, o más bien sus monólogos. Siempre parecía tener misteriosos secretos que sacaba de cualquier cosa y que resolvía cual hechizo de magia fruto del juego de sus palabras. Cualquier fenómeno, desde el porqué del color de las hojas hasta los arcanos de la bocina de la fábrica, podía ser sometido a interrogación. Mi madre me decía que era filósofo y que no le hiciera mucho caso porque de los pájaros en la cabeza no se come.

- Aprende a leer y a escribir, y un poco de álgebra-
Me repetía cada vez que le venía con una nueva historia de Germinal.

A los ocho años, mis padres me pusieron a trabajar. Recogía periódicos y maderas viejas para venderlo a la serrería y ser transformado en serrín. De este modo solo podía ver a Germinal una hora o dos antes de acostarme, y eso si no pasaba por casa antes, lo cual

ya me condenaba a permanecer allí hasta la hora de apagar la última luz de la casa. Con todo, la curiosidad que me chisporroteaba por los ojos no se apagó tan fácilmente y continué instruyéndome con *Germinal* y, cuando le llegó la hora a tan venerable hombre, por mi cuenta. Soy consciente de la suerte que tuve por tener tan a mano una fuente tan beneficiosa de conocimiento. Prácticamente toda la gente que me rodea a diario no sabe leer ni escribir y algunos no tienen claro qué día y qué año nacieron. Mis padres murieron, yo seguía trabajando y cada vez veía cómo mis ganas de saber disminuían a medida que aumentaba mi vello de la entrepierna. Chicas, cigarrillos, aguardiente. La vida intelectual y contemplativa no casaba bien con la de un obrero huérfano de 17 años. Doce horas de trabajo y desgaste pedía a gritos evasiones de todo tipo, rápidas, fugaces, pero placenteras. Las masas siempre fueron consideradas estúpidas, pero igual de peligrosas, por eso nos hablan de su incapacidad de razón y gobierno, ¿Quién demonios tiene tiempo

después de trabajar de salida a sol puesto para cultivar otra cosa que no sea el estómago?

Ahora miro a mis zapatos totalmente gastados y deformados y me duele la cabeza de los golpes e intentar solucionar el misterio de por qué estoy aquí encerrado.

II

Demasiado calor, demasiado humo, demasiados rostros deformados por la borrachera. Todo aquel antro daba vueltas, como una peonza alrededor de la inapreciable luz que despedía una lámpara de aceite situada en el centro de la estancia.

- ¡Buenas noches! Usted no se acuerda de mí, pero tenemos algo pendiente.

Aquella voz, por muy familiar que me resultase, se desvelaba con cierto halo de lejanía, aun cuando, no tenía dudas al respecto, me susurraba a escasa distancia de uno de mis oídos. Miré hacia el suelo y solo vi un pegote de barro agarrado a mis zapatos, las suelas de alguien que se alejaba, y las baldosas del suelo demasiado deformadas y cercanas a mi nariz destellando una viscosidad enigmática. Levanté la mirada y allí no había nadie, al menos lo suficientemente cerca como para poder susurrarme al oído. Giré la cabeza y nada. Giré, incluso hipotecando el dolor de mis cervicales, el cuerpo sobre un eje imposible y nada. Solo se iluminaba el

rostro embriagado de una mujer con los pechos casi al descubierto y un par de obreros fabriles desdentados intentando tomar por asalto el escote de la misma. Alcancé a sorber un trago más de aquel brebaje de agua tintada al que llamaban vino, para a continuación, levantarme con la intención de arrastrarme hasta la calle, no sin antes tropezar con una mole con la cara cubierta de pelo, jersey de lana gorda a rayas rojas y negras y una enorme jarra de cerveza dominando la mayor parte de su rostro. De alguna manera había que celebrar que me habían soltado del agujero.

Llovía copiosamente y el firme de la calle era un barrizal en el que un carruaje funerario luchaba por salir de un charco de lodo. Dos hombres con capa y sombrero de ala ancha empujaban desde atrás y un tercero azotaba a la caballería al mismo son para salir del atolladero. Sabía muy bien donde se dirigían. Cerca de mi casa, a unos doscientos metros bajando por la Calle de los Curtidores, haciendo esquina se encontraba el Hospital de los Desamparados. Allí, en una de las estancias antaño

inviolables para los extraños y testigo de innumerables atrocidades cometidas en nombre del Progreso, se había acondicionado una morgue improvisada a cuyas puertas, que daban directamente al lado opuesto de la entrada principal, se agolpaban todos los días, salvo los domingos, varias decenas de jóvenes con la cara desencajada por la falta de sueño, una libreta y un lapicero en el bolsillo de la chaqueta dispuestos a iniciar un nuevo día en las clases de disección y anatomía a cargo de un afamado cirujano cuyo nombre no recuerdo. – “Otro desgraciado que van a vaciar”- Me dije mientras sin apenas darme cuenta estaba peligrosamente cerca del carruaje, que aun intentaba escapar del lodazal. Enderecé mi rumbo y a duras penas zigzagueando calle arriba, comencé a caminar perseguido por la sombra de la nausea a cada paso que daba.

Quedaban escasas tres horas para el alba y escasas dos para mi entrada en la fábrica. Así acababa otro día mísero regado en alcohol y aderezado con el esperpento de lo cotidiano.

III

La fábrica parecía una desagradable mezcla entre gallinero, donde cada nuevo rumor, cotilleo o noticia veraz corría o resbalaba por cada unos de los engranajes de las máquinas como el aceite que a diario las engrasaba, y un hormiguero, incapaz de permanecer estático bajo pena de morir de hambre. Nadie dejaba de hacer sus tareas de asalariado, pero todos comentaban los sucesos del día anterior y pronosticaban sobre lo que ocurriría ese día. Miré por una de las ventanas enmohecidas que tenía justo encima de mi puesto y vi a un mozo repartiendo la prensa que gritaba los titulares de la mañana.

- ¡Última Hora! ¡Dos nuevos cadáveres encontrados en la orilla del río! ¡Ni rastro de sus vísceras! ¡La policía sobre la pista del crimen!-

Al parecer, y con estos ya iban cinco, dos nuevos cuerpos amoratados y sin el menor rastro de órganos internos, habían aparecido en las cercanías del riachuelo que sirve de desagüe a la fábrica. Un compañero de los que sabía leer empezó a narrar la

noticia a un nutrido corrillo de trabajadores que paraban durante su rato del almuerzo. Según el diario de la mañana la policía sospechaba de un perturbado mental que actuaría bajo una euforia momentánea o monomanía de tipo rábico que proporcionaba al sujeto en cuestión una fuerza descomunal, lo cual llevaba a la autoridad a descartar la posibilidad de cómplices. Algunos especulaban con la posibilidad de que fuese uno de esos criminales natos de los que tan de moda estaban entre los círculos de criminalistas italianos, un ser atávico con rasgos primitivos y aspecto campesino, posiblemente anarquista. Las pistas encontradas en el lugar de los hallazgos indicaban que los cuerpos ya estaban muertos cuando fueron arrojados allí, y que posiblemente fueron transportados en vehículo, puesto que las únicas huellas encontradas en el lugar apenas se hundía en el barro, salvo por el pequeño detalle de que no había rastro de ruedas de carruaje o vehículos similares.

Muchos compañeros de la fábrica se preguntaban cómo había llegado la policía a semejantes

conclusiones, y cómo era posible que la prensa certificara las afirmaciones policiales. De hecho, a muchos nos sonaba a novela barata aquellas disertaciones detectivescas demasiado parciales como para tomarlas en serio y era demasiado tentador no compararlas con cualquier novela de esas que por aquel entonces se estaban poniendo de moda incluso entre los obreros de las barriadas más pobres. Pan y Circo. Nada se decía de las víctimas, su procedencia, sus actividades, y menos aún de por qué a ninguno de los cinco cuerpos se les había encontrado rastro alguno de sus vísceras. Todos sabíamos quienes eran los anarquistas y qué hacían y nada tenía que ver con ese tipo de crímenes tenebrosos y desapariciones de órganos, pero tarde o temprano la policía se buscaría un cabeza de turco y asunto ventilado. Todo un misterio para los burgueses sedientos de nuevas emociones, pero una tragedia más sin suspense alguno engrosando la lista de muertes entre la población obrera. Nada nuevo bajo el Sol.

A la salida de la fábrica, ya de noche, muchos seguían especulando sobre el suceso de la semana, pero la mayoría se afanaba por llegar a la taberna más cercana sin otra preocupación que aumentar la cuenta de deudas a su nombre en la taberna, pensando en qué nueva excusa tendría que darle a la propietaria del tugurio en cuestión. En esto me encontraba, dispuesto a dilapidar mi sueldo semanal, cuando un joven achaparrado, con gorra de pana negra, como esas que llevan los tipógrafos de las imprentas, y con los ojos desorbitados tropezó con unas cajas de botellas de vino vacías apiladas junto a mí. Me miró, pidió perdón cortésmente y se despidió con un “compañero hasta pronto” casi susurrando. ¿Por qué me sonaba tanto aquel rostro nervioso? Quizás fuera alguien que conocía de vista de la fábrica. ¿Por qué me sonreía de aquella manera tan cómplice? Nunca veía sonreír a nadie de forma gratuita, muy poco había que celebrar, salvo los días de paga, la muerte de algún patrono o la desaparición del policía subido de tono de turno, o simplemente durante una profunda borrachera en

que hasta el espíritu más rudo da rienda suelta a sus pasiones y se deja arrastrar por los efluvios del elixir hasta la euforia desatada. Concluí que sería una de tantas caras anónimas y sombrías que desfilaban a diario por la fábrica y de las que no tomaba cuenta en absoluto. Así que continué mi camino y apenas recuerdo nada más de aquel día: un par de tropiezos, alguna vomitona, y muchas jarras de cerveza. El soniquete de la canción que entonaban un grupo de hombres junto a mi mesa me acompañó toda la noche:

*Pobres a presidio van
Ricos a la calle salen
¿Cómo se gobernarán?
Sólo el demonio lo sabe.
En este sitio maldito
Donde reina la tristeza
No se castiga el delito
Se castiga la pobreza.*

Recuerdo el tipo barbudo con el que había tropezado el día anterior celebrando algo con sus compañeros.

Eran madereros y había llegado desde la montaña transportando madera por el curso del río. También cantaban algo contra los caciques y lo patrones mientras escupían unos cuantos metros a su alrededor babas de cerveza. Perdí el conocimiento y acabé con mis narices en un charco de la calle, tarareando, totalmente mojado, sin aliento, envenenado.

IV

Corría el otoño de 1889 y cada día que pasaba las calles se abarrotaban, como el agua que inunda una cacera y anega los campos, de sombras vagabundas sin rumbo, con la mirada perdida en el horizonte coronado de humeantes chimeneas o en la punta de sus malgastados zapatos.

Hacía muchos años que no se veía tanta mendicidad en la ciudad. Decenas de miles de rostros desencajados por la miseria se agolpaban en las esquinas, en las puertas de las iglesias o en asilos y Casas de Socorro para pedir limosna, o algo que llevarse a la boca, a los herederos de las buenas costumbres cristianas. Pero algo diferente se estaba fraguando en aquellos días en los que se respiraba la fragancia, o el hedor, de la inanición. Desde el Estado se estaba alimentando entre las gentes del agro el mito de la abundancia en las ciudades, de las oportunidades infinitas y el pan sin falta en la mesa puesto a diario. De ahí que una marabunta de empobrecidos campesinos estuviera llegando desde cualquier rincón de provincias a la capital del

enriquecimiento y la prosperidad. Pero, dado que en la ciudad el trabajo de temporada también regulaba muchas veces la contratación, muchos de aquellos labriegos soñadores habían llegado de su mísera vida en el campo, alejada ya de los antiguos principios de la fraternidad y la cooperación, soñando con un becerro de oro inexistente, para debatirse finalmente entre el paro forzado o el alistamiento en el ejército para las campañas ultramarinas. Tanto era así que no hacía mucho el Gobierno había tomado cartas en el asunto y había puesto en funcionamiento la feliz idea de fletar ferrocarriles abarrotados de jornaleros para enviarlos a aquellas provincias en las que se necesitase mano de obra de temporada. Menuda ironía, llegaban del campo y apenas pisaban la urbe los subían en un tren con dirección a quien sabe dónde. Los que no conseguían ser contratados se hundían más en el pozo del que pendían y no quedaba más remedio que dedicarse a pedir unos miserables céntimos en los barrios burgueses o visitar las Casas de Socorro, que por cierto, ese mismo año habían abierto una nueva a escasos

metros de mi casa. Por si fuera poco, a muchos obreros su sueldo semanal apenas arañaba el final de la semana y aun debía mantener a esposa e hijos, que generalmente se veían empujados a trabajar por un sueldo más mísero que el del cabeza de familia. A duras penas daba el salario para reproducir la fuerza de trabajo que aseguraba el regreso a su puesto de trabajo al día siguiente. Por lo que en todo este mar de calamidades muchos habían decidido que mejor dedicarse al aguardiente y a la limosna que dejarse la piel de sol a sol, visto lo ventajoso del pauperismo profesional como lo calificaban los periódicos.

Pasaba a diario delante de la recién abierta Casa de Socorro, y aunque intentaba mirar al suelo o fijar la mirada en otra parte, era inevitable caer en la cuenta de la cantidad de muertos de hambre faltos de cualquier recurso fundamental y abocados a depender de la caridad burguesa. Dos filas de cadáveres aun sin sepultura portaban un cuenco y un cucharón de madera para recoger una ración de agua manchada con algunos garbanzos flotando.

Recuerdo un día que por una extraña razón que me resulta difícil vislumbrar, me quedé mirando aquel asilo de miserables despuntando a un lado de la calle, y a escasos metros en dirección contraria, el Hospital de los Desamparados, de tal modo que, de forma no tan imaginaria, se establecía un comercio entre ambas instituciones augurando el futuro de aquellas gentes fraguado con el fuego de la desventura más absoluta. Y así, no había culminado mi asociación de pensamientos encadenados, oí cómo un vendedor de periódicos voceaba los titulares del dominical:

- ¡El Gobierno declara la guerra al paro! ¡La mendicidad en el punto de mira!- ¡Lean como quieren acabar con el absentismo!

Aquellas palabras hicieron que muchos de la cola que esperaban su ración de caldo *malcocido* se dieran la vuelta para mirar incrédulos al chaval de los periódicos. Me acerqué y compré un ejemplar y a pesar de la curiosidad que me había entrado tan solo

me hizo falta leer los titulares de la portada para tomar en serio las palabras del vendedor: “El Gobierno crea la Brigada de Higiene Social y Política”. Esperé a llegar a casa para terminar de leerlo, pero en todo el camino me fue invadiendo una sensación de angustia y una presión en el pecho que nada bueno auguraba. Me flojeaban las piernas y un terrible sudor frío se apoderó de mis sienes. Era de suponer que a nadie le gustaba la idea de un nuevo cuerpo de policía metiendo las narices en los asuntos de los obreros.

En estas y otras cosas iba cavilando cuando, sin apenas percatarme, estaba delante de la puerta de mi casa.

- Buenas tardes-

Un par de sombras enfundadas en sendas gabardinas de color gris copadas con sombreros de detectives, habían aparecido de la nada y se habían interpuesto entre mi llave y la cerradura.

- ¿Puedo ayudarles en algo?- Respondí un poco nervioso.
- Siempre se puede ayudar para mantener el Orden Social- Respondió uno de ellos.

Al instante, sin casi acabar la sentencia, sacaron de sus bolsillos un par de placas pareciéndome que lo tenían ensayado como en una coreografía de cabaret, imaginándome por un momento que se trataba de una broma de los chicos de la fábrica y que en ese mismo punto de tensión, iban a coger sus sombreros y comenzarían a bailar los primeros pasos de un *can can*. Pero no fue así. - Pertenecemos a la Brigada de Higiene Social y Política y hemos tenido noticia de sus desavenencias con las bebidas fermentadas y destiladas. Queremos hacerle algunas preguntas. Para enseñarme a continuación la gorra que hacía unos días había perdido a la salida de la taberna justo antes de desmayarme y vomitarme encima. – Como se imaginará- Continuó el otro, aunque a estas alturas ya los confundía- no necesitamos mucho para ponerle una temporada a la sombra. Así que

ahorrémonos aspavientos y llevarnos las manos a la cabeza y háganos un favor: Colabore. El tipo como si de un tahúr del Lejano Oeste se tratase había puesto encima de las manos de su compañero un paquete de fichas con fotos y dibujos a carboncillo. Una a una me fueron enseñadas y una a una me fueron consultadas diferentes aspectos de la vida de aquellas personas que de una forma u otra había visto o con las que me había relacionado. Según ellos eran alcohólicos absentistas que querían corregir, pero yo estaba seguro que la mayoría eran abstemios y de otro modo yo los ubicaba en ámbitos bien diferentes. Casi todos ellos eran obreros comprometidos con las luchas sindicales, metidos en todos los follones de huelgas de fábrica, gente disciplinada y militante dispuestos a dejar de lado los placeres del aguardiente para dedicarse a eso que llamaban la emancipación revolucionaria del proletariado.

- Pues bien, ¿Tiene algo que decir al respecto?-
- Inquirió uno de la Brigada.

- Piénseselo bien. No hay prisa. Ya volveremos otro día. Sentenció el otro.

Sin mediar mas palabras y al unísono se despidieron agitando sus sombreros como si estuvieran continuando su número de cabaret y desaparecieron por la siguiente esquina. Si no lo había entendido mal, los esbirros querían que les sirviese de chivato. Mal asunto.

V

¿Por qué precisamente a mí?, ¿Qué había hecho yo para merecer una maldición así? Me interrogué de esta manera, carcomiéndome por dentro, hasta el día siguiente que entré en la fábrica. Cuando llegué no se hablaba de otra cosa. Que si la Brigada por aquí, que si la brigada por allá... Para colmo me enteré que la susodicha había escogido un ala del Hospital de los Desamparados como centro de operaciones. – ¡Te van a tener bien vigilado!- Me gritaba un compañero a lo lejos; –Qué gracia que tiene el Sócrates – Susurraba yo para mis adentros. Al parecer los de la Brigada no solo se habían acercado a mi puerta sino que había establecido una ronda de interrogatorios en sus nuevos aposentos y algunos compañeros blandían una carta mostrando la citación que a muchos les sonaba a pena de muerte.

Cuando era aún chiquillo sin vello en la cara, Germinal me llevó al interior del hospital que por aquel entonces se estaba reformando. Me contó que fue fundado por un monarca muy dado a dejarse guiar por los progresos de las naciones extranjeras,

sin tener en cuenta las condiciones especiales del país que de forma tan liberal quería reinar. De este modo, la idea que el rey en cuestión tenía en la cabeza era fundar un Sanatorio caracterizado por la reclusión de sus pacientes al estilo del Hospital de los Inocentes de Valencia, con la salvedad que había expresado su firme intención de incorporar un módulo destinado a la investigación de las enfermedades que allí se trataban. Básicamente todos los sujetos reclusos en el hospital, presentaban algún tipo de demencia, desequilibrio o locura y que, según Germinal, el rey mismo había publicado una cédula refrendando las investigaciones sobre tales desórdenes y otorgando cierta “Libertad de Cátedra” a sus investigadores.

Germinal era muy dado a mezclar la realidad con la fantasía, o a mí me lo parecía, y siempre dejaba caer algunas historias truculentas de noches lluviosas, con gritos procedentes del módulo de investigación, o alguna tragedia innombrable que había pasado a formar parte del imaginario popular. Fruto de

aquellas tenebrosas historias cada noche me asaltaban extrañísimos y sobrecogedores sueños que nunca fui capaz de confesar ni a Germinal ni a mis padres ni a nadie. Sótanos sin fin con apenas luz, cadenas e instrumentos de tortura y cirugía, y una puerta al final de un largo pasillo que se abría y allí me veía yo, tumbado en una camilla, amarrado con correas, y con la mitad del cráneo abierto mostrando lo más gris de mis pensamientos. Han pasado muchos años y aún me invade la sensación de angustia cuando recuerdo aquel episodio onírico tan desagradable.

Finalmente, el Hospital de los Desamparados se había convertido en un depósito de cadáveres, donde hacían prácticas los estudiantes de anatomía y el Cuartel general de la Brigada de Higiene Social y Política, dispuesta a destripar obreros con sus preguntas.

VI

Algo no estaba funcionando. En menos de una semana mi vida, tan despegada de los sobresaltos, del contra-reloj asfixiante, amarrada a lo cotidiano y a su hedor a cementerio, se estaba quebrando para formar una encrucijada sin señales, abandonada a su suerte en el devenir de lo inesperado, obligada a elegir un camino sin saber cual conduce al abismo o si todos lo hacen tarde o temprano. Tanta presión en tan pocos días había puesto en marcha el reloj de arena de la angustia y necesitaba pararlo de alguna manera. Eran las dos de la tarde, la fábrica había cerrado obligada a guardar un día de luto oficial por la muerte de no sé qué Conde de no sé qué Casa, y había decidido cambiar los granos de arena del tiempo por unos cuantos vasos de vino. No lograba levantar un palmo la frente del borde de la mesa, me pesaba como una lápida el paso de los minutos y mi única distracción eran aquellas baldosas tan enigmáticas que como siempre no habían perdido su viscosidad desconcertante. -¡Estoy acabado!- Gemía de vez en cuando, para volver inmediatamente a introducir mis narices en la jarra de tinto.

- ¡Usted no se acuerda de mi pero tenemos una conversación pendiente!-

Cuan familiar me resultaban aquellas palabras y cuan reciente tenía el recuerdo de una situación semejante. ¿Estaba soñando? ¿Acaso había caído en los brazos del delirio y apenas podía vislumbrar la realidad al final de todos aquellos espejismos? ¿Qué brebaje del infierno me estaba bebiendo? Conseguí levantar la cabeza y allí, delante de mi mesa, erguidos como dos losas de mármol había un par de tipos, con chaquetas oscuras de pana y gorras de tipógrafos ocultando parte de su rostro. - ¡Qué calor tienen que dar esas chaquetas!- Pensé casi por instinto. Centré la mirada, y de una sensación de identidad inicial empezaron después a surgir los matices de la diferencia.

- ¿Se encuentra bien?- Dijo el que parecía más joven de los dos.

Para según acababa la frase, reconocer perfectamente al muchacho que unos días atrás, había visto tropezar con una caja de botellas cerca de la misma taberna en la que ahora estaba mirándole a la cara. Tenía el mismo aspecto, la misma ropa y las mismas ojeras que en su momento me llamaron la atención, y del mismo modo, al ver esa expresión, me había asaltado la profunda sensación de haber visto aquella cara en otro lugar, en otro tiempo.

- ¿Se encuentra bien? ¿Podemos sentarnos?-
Repitió
- Tomen asiento caballeros, sentarse en este mundo todavía parece ser gratuito- Sentenció con un acceso de hipo al final de la frase.
- Sé que le resultamos un tanto familiares, y sé que de alguna manera usted no logra rescatar de su recuerdo ni quiénes somos ni dónde nos ha visto antes- Rompió su silencio el que hasta el momento había permanecido callado, mucho más entrado en edad que el anterior y con una expresión más severa.

- Me temo que se equivoca caballero. Yo conozco a este señor que parece su amiguete- Dejando caer otro hipo. El otro día me crucé con él y por alguna razón que desconozco, me llamó compañero- Quedándome pensativo en un intento de salir a flote del mar de la embriaguez.
- Siento llevarle la contraria, pero sigo creyendo que un cruce de miradas fugaz y el intercambio esporádico de unas pocas palabras no quiere decir que ya nos conozca. De hecho estoy convencido que ya tenía la sensación de conocernos antes del momento que usted nos acaba de recordar.
- ¿A donde quiere llegar buen hombre? ¿Se trata de una broma pesada destinada a un hombre con una borrachera más pesada aún?
- Bien, ya que le veo impaciente, nos presentaremos. Me llamo Antonio- Quedándose pensativo como midiendo sus palabras- Pero me puedes llamar *Toti*. Y este de aquí al lado es Juan *El Alcoyano*. Nací y me crié en el pueblo de sus padres, fui compañero de estudio y aventuras de

su padre y de un profesor suyo que cuidó de usted cuando era niño.

Enseguida me vino la imagen de Germinal a la mente cual fognazo de una cerilla de fósforo al prenderse.

- Se llamaba Germinal. Cuando sus padres decidieron emigrar a la Capital buscando una vida digna para ellos y su hijo recién nacido porque se les negaba en el campo, Germinal y yo aún andábamos detrás de las faldas de dos mozas bañadas por el perfume de los problemas. Una era la hija del cacique de la comarca y la otra la hija del alcalde del pueblo, subalterno del cacique. Lo que comenzó siendo una forma de pasar el tiempo leyendo poesía a un par de jovencitas impresionadas por nuestra sabiduría, terminó por convertirse en un giro cuadrado a nuestras vidas. Por aquel entonces Germinal y yo leíamos todo cuanto caía en nuestras manos gracias a un profesor de Universidad que había

decidido despegarse del mundanal ruido y pasar el resto de sus días en la tranquilidad del campo instruyendo a un par de chiquillos curiosos. Heráclito, Platón, Heródoto, Galileo, Spinoza, San Agustín, Voltaire, Rousseau, Montaigne, Dante, Cervantes,... una lista interminable, pero nunca lo suficientemente acabada. Él decidió compartir sus conocimientos no solo con la hija del cacique y se hizo profesor de escuela. Por el contrario, a mí me costaba enormemente transmitir todo lo que aprendía, así que opté por dedicarme a difundir el conocimiento de otro modo. Me inicié en las artes gráficas y el manejo de la imprenta. Aprendí el oficio de tipógrafo y descubrí que prensando en papel y difundiendo todos aquellos textos que consideraba imprescindibles para la formación del Espíritu Humano, podía continuar de alguna forma con mis necesidades pedagógicas. Cuando los dueños del pueblo se enteraron que sus hijas se veían y flirteaban a escondidas con dos jóvenes incendiarios como nosotros, removieron Roma

con Santiago para echarnos del pueblo, vivos o camino del cementerio metidos en una caja. A punto estuvimos de morir tiroteados por un grupo de sicarios del cacique y enterrados en cualquier agujero en el monte si oportunamente no nos hubieran avisado aquellas dos muchachas. Hicimos un paquete con libros y otro con una muda y algo de comer y sin demora una noche marchamos en la oscuridad cerrada de un campo de cereal hacia quién sabe dónde. Ya lo suficientemente lejos de los perdigones de los sicarios y de sus amos, decidimos poner rumbo a la Capital para pedir ayuda a tus padres. Cuando llegamos aún estaban afanados en reconstruir la casa con patio que en la que hoy todavía vives, con un niño recién nacido rodeado de escombros y suciedad, y sin una perra gorda en el bolsillo. Con el tiempo Germinal y yo tomamos rumbos diferentes. Él escogió una vida más sosegada enseñando como podía y yo una vida en la clandestinidad jugándome el pescuezo todos los días. Creo que el resto de la historia de tus

padres y Germinal te la sabes detalle más, detalle menos, y espero que siempre tengas presente a aquel buen hombre y sus enseñanzas.

- Una historia tristísima. No se me ocurre en este momento algo más triste. De todos modos me ha entretenido sobremanera. Prosiga, prosiga.
- No se impaciente- Continuó Antonio alias *Toti*. No se impaciente, aún no le he hablado de mi acompañante al que dice conocer. Ya le he dicho que se llama Juan *El Alcoyano*. Le conocí en esa población alicantina el año de 1873, cuando varios pueblos de la zona se habían levantado contra la explotación patronal y habían desafiado la autoridad del estado y su complicidad con la emergente oligarquía empresarial de la región. Decidieron defender una vida digna plantándole cara a la supervivencia cotidiana y esto nos sedujo a muchos por aquel entonces. Alcoy era una de aquellos cantones estandarte del Nuevo Mundo que se estaba fraguando en el corazón de muchos desposeídos y no podíamos desperdiciar la oportunidad. Dos años antes, desde París

llegaban noticias escalofriantes: el pueblo armado había tomado la capital de Francia pidiendo el final de la explotación del hombre por el hombre. El ejército monárquico asediaba en las afueras de la urbe y se veía incapaz de acabar con la insurrección y aplastar la Comuna, viendo como el mundo de privilegios que defendían se venía abajo inexorablemente. Verdaderamente se me enciende el corazón cada vez que pienso en aquellos momentos. Tanto nos hervía la sangre que cuando nos enteramos del levantamiento de Alcoy no lo dudamos un instante y marchamos entusiastas casi con lo puesto. Poco antes del aplastamiento de los cantones y la vuelta al orden, conocí a *El Alcoyano*, dinamita y octavillas en mano vociferando contra los patronos. Por cosas de este mundo, acabamos luchando por la Libertad sumergidos en un desagüe de aguas fecales huyendo de un escuadrón del ejército, para finalmente seguir juntos hasta este mismo instante.

- Me habla de la explotación, del Estado, de la Libertad, de París, de Alcoy... Pero aún no sé por qué me suena tanto su cara. Ya me ha explicado más o menos de dónde viene, incluso me ha revelado la mítica historia de *Germinal* y la hija del cacique. Pero de él no sé nada, salvo que se maneja con sustancias no del todo seguras como la dinamita.

Hasta este punto la trompa que llevaba no me había permitido refrescar debidamente mi memoria, si lo hubiese hecho habría caído en la cuenta de que ambas caras me eran tan familiares, no precisamente por el pasado de ambos tipos, que ahora poco me importaba ciertamente, sino porque había visto sus caras recientemente retratadas a carboncillo en las fichas que los de la Brigada me había mostrado en la puerta de mi casa. Estaba a punto de comunicarles tan novedoso hallazgo a mis dos acompañantes cuando el *Toti* me quitó la palabra.

- Por su bien será preciso que cuanto menos sepa de nosotros mejor. Pero ya que espera una respuesta de una u otra manera, le diré que mi joven compañero estuvo repartiendo panfletos a la salida de la fábrica durante unos meses. Quizás le confundiese con el muchacho de los periódicos y nunca prestó la suficiente atención.
- No creo que sea eso, pero... ha dicho que por mi propio bien. ¿Acaso están metidos en algún lío?- Dije incorporándome definitivamente y guardándome un as bajo la manga.
- No menos que usted. Sabemos que la Brigada de higienistas farsantes ha hablado con usted, pero no sabemos que es lo que quieren exactamente y qué es exactamente lo que usted les ha dicho.
- Según están las cosas, no creo que este sea el lugar apropiado para mantener una conversación así. Por el momento puedo decirles que querían información sobre una serie de individuos que según ellos son borrachos empedernidos y un tanto despreocupados de sus tareas en el trabajo diario. Entiendo que pueda fiarme de ustedes

puesto que me han revelado información y datos fundamentales que les comprometen más de la cuenta. Agradezco su voto de confianza. Pero ¿Qué saco yo de todo esto?

- Justicia señor mío, Justicia es lo que ambos buscamos- Dijo El *Alcoyano* rompiendo el silencio que hasta entonces había mantenido. Justicia para sentar en el banquillo a esta muerte en vida que divide el mundo en dos orillas irreconciliables, una de las cuales vive y levanta cada minuto de su prosperidad a costa de la otra. Justicia para frenar las ambiciones de este mundo que necesita de la policía y las cárceles para mantener los privilegios de unos pocos y que a fuego y espada velarán por perpetuar su condición de dueños y señores del mundo. Usted sabe perfectamente de qué hablo, y también sabe que nuestra lucha, que el devenir con el que soñamos, eliminará la posibilidad remota que una pareja de esbirros pueda arruinarle la vida con solo hacerle una visita en la puerta de su casa cualquiera de sus miserables y aburridos

días. Eso es lo que sacamos al final de todo este asunto, tanto usted como nosotros.

- Muy bien, he entendido. Pero permítame que le diga algo. En ese mundo del que nos habla me imagino que no existirá el mal humor, el descontento, la discusión y el conflicto, el sufrimiento, la enfermedad, la muerte de los seres queridos, y como en la Edad Dorada de los antiguos, el maná lloverá del cielo. Usted me habla de esa Edad de oro como un mundo que tenemos que descubrir en nuestros corazones porque contenemos la semilla del verdadero ser de la Humanidad, la bondad sin límites y la razón infinita. Entiendo que si decido hablar con ustedes es por un casi inconsciente principio de afinidad no solo con sus propuestas, sino con el tácito gemido de todo un mar de desheredados condenados a la más mísera y aburridas de las vidas posibles. Pero no me haga creer que una luz iluminará los resortes de nuestro ser, y cual amanecer fogoso, irá alcanzando todos los rincones de la tierra para asistir a un nuevo

renacer de la especie más depredadora por naturaleza. Estos jóvenes pero cansados ojos no paran de confirmar una sospecha que ya tenía infundida en el pecho. Ustedes entienden la maldad como un accidente, como la consecuencia de una trayectoria mal planteada, la cual desaparecerá con solo poner en rumbo la brújula de nuestro ser y dejarlo navegar libre con la certeza de ir siempre en la dirección correcta. Sin embargo el día a día me desvela un secreto muy diferente: que la maldad no es mera circunstancia, sino parte de los fundamentos, y que por tanto nos inclinamos a una vida de sombras porque forma parte de nuestra esencia. Señores, no dudarán un solo instante en vociferar la maldad de la burguesía ateniéndose a sus acciones, así que por tanto serán seres deplorables por el mal que cometen, pero yo no me cansaré de proclamar la corrupción del género humano en tanto que sus acciones solo vienen a legitimar una disposición agarrada a su ser, sabiendo que hacemos todas las fechorías

inimaginables precisamente porque somos así. Resumiendo, y ya me han hecho soltar la lengua más de la cuenta, somos uno de esos problemas que no tienen solución o acaso haya que buscarla en el infinito.

- Me deja perplejo lo que dice usted- Casi susurró el *Toti*. Pero lo único que veo en su desánimo es cierto reconocimiento de su propia incapacidad para cambiar este estado de cosas que tanto detesta. Una incapacidad, que de alguna manera intenta verter sobre el resto de la humanidad. Permítame decirle que estamos en los umbrales de una verdadera revolución, que nos estamos asomando por el vano desde el que se divisa un mundo nuevo, libre de desigualdades e imposiciones. Mi compañero ya le ha dicho que este mundo en el que vivimos tiene dos orillas irreconciliables. Ambas son enemigas y de un modo u otro a usted, tarde o temprano, le tocará elegir a cual de los bandos pertenece. Eso aún lo puede elegir.

- De momento no queremos comprometerle más. Simplemente escuche algo que tenemos que decirle- Sentenció El *Alcoyano*, cortando la conversación que se prometía acalorada. Desde la llegada de la Brigada una decena de obreros han sido detenidos y encarcelados, algunos han sido torturados severamente para firmar escritos de acusación en torno a cargos que van desde el alcoholismo hasta la sedición. Básicamente a la mayoría se les ha tratado como a enfermos mentales, perjudiciales para el contrato social y el buen orden de la civilización y el progreso. En realidad se tratan de un puñado de amigos y compañeros, todos anarquistas, que están pagando con sangre su condición de revolucionarios. Para colmo, se ha corrido el rumor que la Brigada está colaborando con la policía para encontrar al anarquista demente que dicen ha destripado a todos esos cadáveres. Todo esto huele a montaje barato para desmovilizar al sector más combativo del proletariado militante, y el hedor nos salpicará en breve a todos, hasta

que acabemos todos esperando nuestro turno en la horca o en el paredón. Ya nos ha dicho qué vio en las fichas de la Brigada. Ahora olvide que nos ha visto, que ha hablado con nosotros, nuestros nombres, todo. Recuerde que el poder observa omnipresente y tenga cuidado con sus borracheras, no quisiéramos que acabase en los calabozos de la Brigada o destripado en cualquier cacera, ¿Verdad?

Aquellas fueron sus últimas palabras. Se levantaron, se despidieron cortésmente y desaparecieron por la puerta de la taberna, quedándome yo con la cabeza totalmente desorbitada por aquella confusa conversación y una ligera resaca subiéndome por la espina dorsal.

Aún resonaban las palabras de El *Alcoyano* en mis oídos, cuando un muchacho sofocado por la carrera, entró en la taberna para dar la noticia de una nueva aparición, de otro cadáver destripado a las afueras del distrito. En ese instante la superstición comenzó

a dominar todo mi cuerpo y un torrente de presagios funestos pasaban delante de mis retinas para ir a fijarse en el rostro desencajado del muchacho recién llegado. Estaba paralizado y solo oía el zumbido de los comentarios a mi alrededor. Pagué mi cuenta y salí para tomar aire. El sol me deslumbraba y la náusea comenzaba a apoderarse de mis entrañas. Tomé el rumbo hacia mi casa con la sensación de tener al astro rey pegado a mi nuca, haciéndome sudar desesperación y miedo. Finalmente llegué a mi puerta, se me cayeron las llaves, una gota de sudor surcó mi rostro para ir a parar al llavero, pero la lucha dio sus frutos y la puerta se abrió dejándome entrar en la seguridad de mis cuatro paredes...

VII

Sueño, embriaguez, alucinación, mareo, muerte. Apenas pude desplomarme en la silla de la cocina y resoplar los efluvios del malestar sobre la mesa. Todo era gris mohoso y no podía evitar sentir nauseas de estar rodeado de un color tan miserable, tan tenebroso y asfixiante. La monotonía me asfixiaba, el movimiento me asfixiaba, el delirio me asfixiaba. La seguridad que a diario me proporcionaba el hogar se había quebrado, rota en mil pedazos todos de color gris mohoso y no había rincón donde esconderse de la persecución y la paranoia. El abrigo de soledad que he heredado con esta casa, me persigue y ahora solo me produce temblores. Raído y mugriento me obliga a mirarme de arriba abajo para cerciorarme de la miseria a la que estoy abocado y de la que no puedo desnudarme. Ahora apenas puedo taparme el rostro tumbado sobre la mesa y solo un ahogado zumbido me impide sofocar el malestar con el sueño, ni siquiera puedo dormir en este ataúd.

Los ecos de la calle, de las tuberías arrastrando desperdicios, de los paseos abarrotados de

quejumbrosos latidos muertos. La lejanía que se hace zumbido y la puerta de la calle que se abre. La calma ya no me inquieta, tengo sueño y me rindo al mejor de los sueños posibles, aguas cristalinas y arena blanca como la sal del mar que la engulle. Se cierra la puerta, me deslizo a nado hasta llegar al enrojecido horizonte, unas sombras a mi lado intentan darme alcance, son dos tiburones vestidos con traje y gorro de baño negros, uno de ellos se ríe y el otro consigue abrazarme. Me pesa la sangre que llevo dentro y a los tiburones les gusta, pero noto como me hundo sin remedio al abismo y es allí donde encuentro la serenidad, el descanso, el silencio. Todo ha acabado.

Nihil Obstat

I

Como surgidos de las más oscuras tinieblas de la Historia de la Humanidad, aquellos que hoy se hacen llamar anarquistas, se nos presentan dentro del ámbito de la Medicina legal como un paradigma del criminal nato, portador obligado de la semilla del atavismo más interesante pero, sin embargo, el más peligroso de cuantos criminales y perturbadores del contrato social que rige el mundo civilizado existen. Morador de las cavernas de la inmoralidad y el desorden confunden, a las clases más desfavorecidas de la sociedad, haciendo caer sobre éstas la vana esperanza de un mundo sin diferencias, sin dioses ni amos.

En estos tiempos, en que todo tiende a complicar cada vez más la máquina gubernamental, no puede ser considerada una teoría como la anárquica, que representa la vuelta al hombre prehistórico, antes que surgiese el paterfamilias, sino como un enorme retroceso.

Así, caballeros, comienza el libro de reciente publicación del profesor Lombroso donde agudamente desvela los engaños y barbaridades de los diferentes acólitos anarquistas, que en su afán por hacer desaparecer el mundo civilizado, no dudan en asesinar tanto a mujeres y niños inocentes como a las mas distinguidas eminencias de la sociedad. Y desde esta óptica, y no otra, es desde donde tenemos que abordar, no solo la descripción sociológica del anarquista, sino la propia descripción anatómica y fisiológica del mismo. Para esto caballeros, estamos reunidos precisamente hoy en una nueva clase práctica de anatomía y medicina legal, para desvelar los secretos menos perceptibles del semblante de estos devotos de la bestialidad y enemigos de todo lo civilizado, para destripar el mensaje biológico que nos deja el crimen, el cual marca su impronta a hierro en el ser de estos sujetos.

Como ven, la muestra que tienen delante, presenta una robustez fuera de lo normal. El análisis frenológico del cráneo nos anticipará su condición

de individuo regresivo, atávico, nos introducirá en la senda de su definición...

-Señor Infantes, ¿A qué me refiero y cuál es su utilidad cuando hablo de encontrar una definición del sujeto?-

-eh... esto... sí- tartamudeaba el aludido al ser sorprendido quitándose las legañas de uno de sus hinchados ojos- Debemos en un primer lugar enfocar el análisis anatómico de cara a una tipologización de los sujetos observados, de esta manera obtendremos un catálogo de individuos tipo o clase de donde obtendremos importante información para casos venideros.-

- Gracias señor Infantes por su acertada respuesta-

Observamos pues, que la zona delimitada por la mandíbula presenta una prognosis acentuada, lo cual caballeros, y sin lugar a dudas, es indicativo del parentesco que comparten con las razas inferiores

y/o prehistóricas, siempre a la vista de los estudios científicos mas rigurosos en el campo de la antropología moderna.

Ahora bien, ¿cómo podemos continuar el diálogo con nuestro sujeto si queremos desvelar el secreto de su condición de anarquista, aun cuando ni una sola palabra salga de su boca? Tomadas debidamente las medidas craneales, comenzaremos el análisis frenológico del que finalmente podremos deducir el tipo de sujeto con el que trabajamos. No deben olvidar que las tipologizaciones tomadas a la ligera, pueden llevarnos a cometer errores graves de identificación y seguramente, sumergirnos en las pantanosas aguas de la divagación, y lo que es aún peor, de la especulación más burda y vacía.

Cabeza, cuello, hombros y brazos, tórax y espalda, cintura, pelvis, piernas y pies, todo un recorrido milimétrico anotado con exhaustividad e interpretado siguiendo las directrices del maestro en cada uno de los cuadernos de notas de los alumnos

que, poco a poco, iban olvidando las horas de sueño para concentrarse en aquel individuo al que todas las pruebas apuntaban como un rudo y retrasado anarquista del sur del país. Se trataba de un ejercicio claro de educación doctrinaria, y en cierto modo así es como se deseaba por parte de la mayoría de los alumnos allí presentes. Desde luego sabían de su posición privilegiada como alumnos y aprendices de tan ilustre médico forense, y no iban a perder la oportunidad de llegar a ser alguien en la vida, sólo por no comulgar con algunas de las declaraciones del inflamado maestro. Así que si aquella eminencia del bisturí decía que el tipo enorme y con pinta de campesino analfabeto que tenían encima de la mesa de disecciones era un peligroso anarquista latente o de facto, pues *amen* a sus palabras y santas pascuas.

Era un ritual que se repetía casi a diario y nunca faltaban cadáveres con los que poder utilizar todo aquel instrumental destinado a entablar conversación con la muerte. Moviéndose entre bisturís, sierras y calibres, órganos y charcos de sangre, el Doctor

León Erguido Ybarrola parecía disfrutar y realizar sus mas profundos instintos de científico reformador, de semidiós o héroe de la civilización del que algún día, sin duda, levantarían un monumento por la defensa del orden y el progreso.

II

-Buenos días Doctor Erguido. Su café está encima de la mesa y aquí tiene su correspondencia- Dijo una voz a medio tono antes de que el doctor entrase por la puerta.

-Buenos días señorita Urbano, tiene usted el oído muy fino- Dijo el doctor sin modificar un ápice la mueca seria y solemne de su rostro, para acto seguido introducirse en su despacho al fondo del pasillo.

León Erguido Ybarrola, Doctor en Medicina Legal y Forense desde los veinticinco años, miembro de la Real Academia de Medicina y colaborador en una infinidad de organizaciones y asociaciones para-gubernamentales o de tipo legal, al igual que en las más prestigiosas publicaciones en la materia. De complexión fuerte aunque un tanto delgada, alto, de mirada penetrante marcada por unos pómulos muy acentuados bajo la cuenca de sus azulados ojos, y con una nariz no excesivamente sobresaliente aunque puntiaguda en su extremo. El mechón de pelo blanco que le asomaba por el flequillo denotaba

la severidad de un hombre maduro, aunque muchos podrían confundir su verdadera edad al llevar siempre peinado con ahínco y tesón esos delatores de la madurez con una imponente raya hacia la derecha, aplastándolos y ocultándolos del chismorreo general. Sin duda resaltaba el mostacho reluciente que lucía sobre su labio superior, siempre rasurado al milímetro y más y mejor peinado aunque sus no tan distantes cabellos.

Sus días comenzaban exactamente con el mismo ritual desde que las primeras pelusillas de su bigote comenzaron a aflorar sobre su labio. Lavado de cara, cuello y axilas; Secado de las mismas con una toalla blanca en cuya esquina, como no, se adivinaban las iniciales **LEY**; Afeitado general y arreglo del bigote; Peinado de cabellera y retoques del bigote; Nuevo enjuagado de cara y nuevo secado; Baño leve de perfume y mirada de triunfalismo en lo infinito de su silueta reflejada en el espejo. Acto seguido, y sin dejar de mirarse en el espejo, iba poniéndose una a una cada unas de las partes de su traje hecho a

medida. Ropa interior con sus iniciales, camisa de algodón perfectamente planchada y almidonada, pantalones bien tiesos y sin rastro de arrugas, chaqueta impecable y pañuelo de seda en el interior del bolsillo exterior con, no podía ser de otro modo, sus iniciales respuntadas en negro. Nuevo vistazo henchido de orgullo a su reflejo inquisitorial y último paso sacramental de lo cotidiano, enfundarse en el dedo índice de su mano izquierda, el anillo de licenciatura, del que nunca se había separado desde que obtuvo el título de licenciado en Medicina.

Tomaba un sobrio desayuno a base de tostada de pan y chocolate del soconusco que su sirvienta le tenía preparado en la cocina. Sorbía la última cucharada del amargo chocolate y de nuevo, cual ritual sacro, sacaba su pipa tallada en madera de ébano guineano y un bolsito con cierre de cuerda de donde, con un pequeño cazo, sustraía un montoncito de hebras de tabaco importado de las colonias americanas. Encendía su pipa y se quedaba mirando al vacío de la pared durante unos minutos imperturbables hasta

que decidía apagar la cachimba, levantarse de la mesa, despedirse de la sirvienta con un –hasta la noche señora Trujillo-, coger su maletín de trabajo, y salir por la puerta del piso, no sin antes mirarse por última vez, serio e imponente, en el espejo del recibidor.

Desde su domicilio, un piso no muy lujoso en un antiguo edificio de estilo neoclásico, ponía rumbo en un coche negro, hacia el Hospital de los Desamparados, donde una masa negra de estudiantes somnolientos lo esperaban con desgana, para recibir sus clases magistrales de anatomía forense. Una vez terminadas sus clases de despiece, ponía rumbo a su despacho en el Instituto de Medicina legal y Forense, y allí la costumbre seguía rigiendo los quehaceres del doctor Erguido, -Buenos día doctor, su café está encima de la mesa y aquí tiene su correspondencia-. Su porte sereno, no ayudaba sin embargo a olvidar sus gestos fríos y duros, acentuados superlativamente si algo perturbaba sus disquisiciones o simplemente se le llevaba la

contraria en cuestiones políticas, y no digamos ya
médico legales, - Buenos días, señorita Urbano-.

III

Gracias a la eficiencia de la señorita Urbano, el despacho del doctor Erguido rezumaba orden por las cuatro paredes. Cientos y cientos de libros cubrían tres cuartas partes de toda la estancia dispuestos en estanterías hasta el techo y colocados en riguroso orden alfabético. En una esquina, aprovechando el espacio libre debajo de unas de las ventanas del despacho, se encontraba un archivador de madera dividido en veinte compartimentos o estancos pequeños. Los mismos, contenían frontalmente un letrero con cada una de las letras del abecedario, indicativo alfabético de la clasificación de cada ejemplar en su correspondiente lugar en la estancia. En el momento en que uno de los volúmenes aparecía en cualquier lugar diferente al suyo, la señorita Urbano se abalanzaba sobre él, miraba su ficha en el archivador y lo reponía con cuidado, casi con mimos, a su lugar en el Universo del despacho. El desorden como síntoma de degeneración, el control como arma para combatirlo. -De eso se trata señorita- le repetía el doctor Erguido a su secretaria- de mantener la anarquía a raya.

La organización de este particular microcosmos, desde luego, no era gratuita. Formaba parte de una pensada edificación cuyos cimientos reposaban, nada más y nada menos, sobre la firmeza de una convicción indiscutible, Orden mediante Ciencia, Civilización mediante Disciplina. La rutina era por tanto un deber, no una obligación, que se asumía con satisfacción y orgullo, el orgullo de saberse la cumbre del progreso de las naciones civilizadas. De este modo, tratándose de una especie de plan divino cotidiano, el doctor repetía un día tras otro el mismo programa de actividades. Cumplido con el saludo de rigor para con su secretaria, se introducía en las entrañas de su despacho para continuar su ritual. Dejaba su tres cuartos negro colgado de un perchero estilo colonial, un tanto rimbombante para la sobriedad general del despacho, y acto seguido se dirigía hacia la mesa de trabajo, situada justo delante de un gran ventanal por el que se adivinaba algunos destellos de luz apagada desde la calle. Fijaba su mirada en la cajonera del correo, revisaba las salidas

y las entradas, entregas y envíos, y si entre el par de montones de cartas y paquetes había alguna que llamase su atención, le daba preferencia y de una rebanada certera con el abrecartas, obtenía su contenido con una sonrisa triunfal. Pero eran casos excepcionales, salvo la llegada de alguna revista especializada en medicina legal o una nueva edición enciclopédica dedicada a la criminología, el doctor Erguido solo pasaba lista al correo y rápidamente pasaba a la actividad en que más tiempo y satisfacciones invertía: su trabajo en la morgue del Hospital de los Desamparados.

Aquella mañana, se las prometía ciertamente amena, cuando menos interesante. Delante de sus narices tenía un bulto de papeles atados con un cordel de raso negro, todos manuscritos en tinta negra y cada ejemplar con letras diferentes. Se trataban de los exámenes semestrales de evaluación de sus alumnos de anatomía.

El Doctor Erguido era conocido entre sus alumnos por su alto grado de exigencias académicas, pero lo tenían por una persona no especialmente cruel en el trato y en la docencia. Profundamente influenciado por un modelo educativo anclado en las premisas tradicionales de obediencia ciega al maestro, se hacía notar como tal, y sencillamente, le gustaba que se siguieran respetando esta tabula sacra de la educación. Sin embargo, la firmeza de nuestro Doctor, se veía en serios compromisos ideológicos en el momento que entraba en materia, puesto que muchas de las nuevas corrientes de la moderna Medicina Legal y la Antropología Criminal, renegaban de un cuerpo doctrinal anquilosado en las viejas tradiciones escolásticas del derecho tradicional y la medicina clásica. Los nuevos aires de progreso, venidos de tierras galas e italianas, chocaban en la mayoría de los casos violentamente con el conservadurismo autóctono de los cuadros académicos nacionales. Sin embargo, sus métodos de evaluación no contemplaban este reformismo de cátedra, y como premisa fundamental en el ejercicio

de sus funciones, era decapitar cualquier intento insensato de crítica o salida de tono por parte de cualquiera de sus pupilos. La espada de Damocles del suspenso era firme, forjada en frío, sin contemplaciones ni sentimentalismos. Sus alumnos lo tenían claro, y una vez degollados por tan inquebrantable instrumento, estaban sentenciados, arrojados al destierro más absoluto y ya se podía ir olvidando de licenciarse como médicos en la escuela donde ejercía, cual Zeus en el Monte Olimpo, su autoridad el Doctor Erguido Ybarrola. Lo cual, dicho sea de paso, no era impedimento para que la corrección y, por qué no, cierta amabilidad reinara en cada lección magistral que impartía. Así se había ganado el respeto y la admiración de sus alumnos.

Apenas había desatado el lazo que comprimía el volumen de pruebas escritas, cuando por una extraña razón levantó la vista hacia la puerta del despacho y así permaneció unos segundos, como esperando una inoportuna interrupción. Volvió a mirar hacia abajo y al concentrarse de nuevo en la apertura del legajo,

esta vez sí: Dos golpes secos. Mirada de crispación. Inhalación de aire y resoplido sonoro. Comienzo y Final de la catarsis en dos únicos actos, en dos únicos movimientos.

-¿Doctor Erguido?- Preguntó la señorita Urbano golpeando la puerta del despacho- Ha venido un mozo con un mensaje urgente de parte de la Brigada de Higiene. ¿Le hago pasar?

-Desde luego, veamos si es tan importante como dice- Sentenció el Doctor, rindiéndose ante el devenir azaroso del mundo.

IV

Estruendo de llaves, crujido de cerrojo y escándalo de bisagras al abrirse. Un portazo y comienza el sendero hacia el inframundo del Hospital. Pasillos estrechos, mal iluminados, cuyos únicos latidos apreciables son los goteos incesantes de chorros invisible de agua que golpean las entrañas entremuros. Melodía acompasada de golpes secos de tacones y gotas extraviadas. Notas ejecutadas como si fuesen parte de una partitura lenta y triste de un funeral, en el que simplemente se oyen los pasos mortecinos de los asistentes y el plañir ahogado de los cada vez menos vivos. Paso, tacón, gota, paso, tacón, paso, redoble de gotas.

A pocos metros, pasos firmes, ensayados, simétricos. Cerrojazo a sus espaldas, y una pareja de sombras pone rumbo sin titubear a los salones del Saber y la Muerte, del ensayo-error y el cara a cara con lo efímero, lo salones de la contingencia, de la degradación última y el hedor a carne corrupta. Paso, gota, redoble de pasos. Acercándose para encontrarse. Todos a coro: Más pasos, redoble de

gotas, paso, tacón, redoble de pasos, ensayados, simétricos. Cruce de miradas fugaz y chirriar de bisagras. El Templo de la Diosa Post-Mortem abre sus puertas, último redoble de gotas en la lejanía, para sucumbir la sinfonía al silencio, una vez aquellas se han cerrado.

-Buenos días, doctor Erguido- Dijo uno de los inspectores de la Brigada.

-Caballeros- Contestó cortés pero fríamente el doctor.

-Esperamos no se haya sentido molesto por citarle en el aula de disecciones, usted trabaja aquí casi a diario y nosotros solo tenemos que bajar un piso desde nuestro recién inaugurado despacho.

-En absoluto. Aquí desde luego no seremos molestados y todo cuanto aquí se diga, pueden tener la seguridad que de aquí no saldrá. Bien, ustedes dirán.

-Bien, Doctor Erguido, entendemos que podemos confiar, sin temor a equivocarnos, en que usted forma parte de esa raza de luchadores ubérrimos que

sin sonrojarse plantan cara a los enemigos de la Sociedad. Usted, Doctor Erguido, entiende la Civilización, no como una meta cerrada y con límites, sino como un proceso de perfeccionamiento infinito, para el que se deben manejar innumerables herramientas, sin prejuicio y escrúpulos de utilizarlas según la situación lo demande. Sabemos hasta que punto esta máxima la subscribe a rajatabla y cómo trabaja en consecuencia. Para no andar con rodeos elocuentes innecesarios, no podemos refrendarlo de forma oficial, puede que ni siquiera en el plano personal podamos hacerlo, puesto que esta reunión no existe, pero sin dejar de manejarnos en el limbo de las hipótesis, sí podemos bien hallar las actividades que usted realiza fuera de sus quehaceres cotidianos. ¿Sabe a que me refiero, verdad?

El Doctor, que aún no se había inmutado un ápice desde que la puerta del mortuario se había cerrado a sus espaldas, cambió el gesto y se dispuso a contestar.

-Agradezco su sinceridad, caballeros, pero sin duda no son ustedes los que tienen que dar el visto bueno a mis actividades de recreo, siendo, aunque celosos de su trabajo, dos simples investigadores de una brigada higienista. Espero que aclaren sus palabras a la mayor celeridad o tendré que informar de esta reunión que no existe, a... ¿Quizás el Ministro de la Gobernación?

-Entiendo que nuestras palabras le hallan importunado Doctor, pero sin duda no es necesaria la llamada al Ministro, puesto que de alguna manera, estamos aquí bajo su auspicio directo. De todos modos le explicamos sin recatos.

Desde hace aproximadamente un año, como bien sabrá, han estado apareciendo en diversos lugares, no siempre alejados de la mirada pública, cuerpos descuartizados en su inmensa mayoría mendigos o muertos de hambre, de los que a diario vemos arrastrarse por un plato de caldo en las puertas de las casas de beneficencia. La prensa, excesivamente sensacionalista, ha llegado a sugerir la existencia de un monstruo monománíaco o anarquista sediento de

sangre como el culpable de estos crímenes, siempre conjeturando cuantas afirmaciones pudieran hacerse en este sentido. Usted sabrá mejor que nadie que este monstruo libertario es solo una coartada construida desde la jefatura y servida a los periódicos como carne bien fresca, lista para ser servida a los platos más ávidos de emociones románticas. Y sí Doctor, llevamos un año haciendo la vista gorda para que usted se recree, en no se muy bien que orgías de la disección pedagógica y así de paso nos mantenga limpias de la enfermedad de la miseria las calles de la nación. No ponga esa cara doctor, no queremos pedirle explicaciones de sus actividades extra-académicas, ni policial, ni judicialmente. Al parecer compartimos los mismos benefactores, para cuya causa somos parte de la misma caja de herramientas.

-Entiendo- Murmuró el doctor con el rostro visiblemente alterado, pero manteniendo la misma postura firme. Continúe por favor.

-Ha llegado el momento doctor, de cambiar lo papeles de esta función, es el momento de dejar de

ser su coartada para que a partir de hoy, y sin ningún tipo de perjuicio para su persona, puedo asegurárselo, comience a formar parte de un plan diseñado a conciencia para la salvaguarda de la Civilización y sus defensores. Como ve, compartimos las mismas pasiones, los mismos objetivos, y ahora queremos que usted comparta con nuestro proyecto sus métodos y conocimientos. No censuramos su labor de profilaxis, como ya le hemos dejado claro, de hecho, queremos que continúe con la misma, podemos incluso ayudarle en lo que necesite. De momento queremos que siga alimentando el mito del anarquista atávico, fuera de control y sediento de sangre. Hable con la prensa, con sus círculos intelectuales, con su secretaria si hace falta. Necesitamos que inicie una campaña desde la medicina legal contra la degeneración, sin meterse en política, simplemente como experto en cuestiones fisiológicas, objetivas y fuera de discusión. Llegado el momento, iremos en busca de su testimonio pericial para respaldar nuestro trabajo ante la Justicia. Si prensa y expertos coinciden en

sentencia, la justicia también lo hará, y habremos forjado un chivo expiatorio de acero inquebrantable o un culpable de todos los males a ojos del populacho. Mantendremos la anarquía a raya y vencerá el sentido común y la Ciencia del Orden.

Sin apenas asimilar todo cuanto había salido por la boca de aquel oficial, el Doctor Erguido exhaló aliviado y la línea inmutable de su boca se fue curvando poco a poco hasta dibujar una misteriosa sonrisa de la que nada supieron interpretar la pareja de higienistas. Finalmente, echado al mundo de nuevo, dijo:

- No voy a negarles mi sorpresa ante tan, como diríamos, elocuente discurso. Por un momento me he sentido intimidado por lo magnánimo de sus palabras, aun cuando no ha habido atisbo de malsonancias o amenazas en las mismas. He de confesarle sin embargo, mi alivio sincero al entender que sigo estando considerado como paladín de la obra civilizatoria, cruzado de la Sociedad contra la

herejía de la barbarie. Hoy, ustedes me piden que preste mi espada a esta santa encomienda, que preste mi bisturí al servicio de los más altos valores. Me halagan ustedes. Sólo una duda me asalta en este momento y espero puedan resolverla. ¿Son ustedes ante quien debo responder por mis actos, o ante quien debo presentar mis informes de batalla? ¿He de considerarlos acaso, como mis superiores a partir de este momento o conservo la autonomía de la que he disfrutado hasta la fecha?

-Entiendo sus dudas. De momento tendrá noticias nuestras de forma indirecta, siga trabajando como usted entienda conveniente, hasta hoy no lo ha hecho mal con el asunto de los cadáveres. Cuando llegue el día en el que acudamos a usted, ya tendrá tiempo de estudiar los detalles y qué es exactamente lo que queremos. Como ya señalamos, nosotros sólo somos las herramientas que manejan en el taller maestros e ingenieros, los Principios están por encima de nosotros por llamarlo de alguna manera, y tanto usted como nosotros, solo podemos ser peones útiles en el tablero de la contienda que los defienden.

-Ciertamente- Dijo el Doctor- no tengo más objeciones y me parece todo conforme. Sea pues caballeros.

Apretón de manos sellando el secreto de aquella reunión que no había existido y retirada en silencio. Fueron los higienistas los primeros en salir por el pasillo. Paso, paso, gota, redoble de pasos. Y ya solo un eco de gotas y redobles de pasos en la lejanía. Detrás el Doctor, henchido de orgullo, con la barbilla saliente y la cabeza bien alta, recién echado al mundo, dirigiéndose hacia la salida de la morgue. Crujir de bisagras y portazo seco. Gota, paso, tacón, redoble de gotas. Nuevo crujir de bisagras, otro portazo. Ya solo el silencio.

V

- ¡Por caridad, una moneda para un pobre desgraciado!- Dijo el Bajito.
- ¡Caridad señor, ¡hip!, tenga usted, ¡hip!, piedad de un par de almas, ¡hip!, hambrientas!- Dijo el Delgaducho.

Tan solo cerró la puerta, giró sobre su propio eje, y con el rabillo del ojo, lanzó una mirada como midiendo cada centímetro de lo que tenía delante, y sonrió levemente.

- Una monedita cristiana, Señor Don Caballero. Se lo juro por los santos de las tabernas del Vaticano, que es para comer. Una monedita más *ná* ilustrísima- Dijo el Bajito.
- Déjalo compañero, ¡hip!, nadie nos quiere. La parroquia nos cierra sus puertas, la Casa de Socorro nos da largas, el Señor Don Patrón nos echa de su fábrica, y aquí el Señor Don Caballero Estirado, nos mira como si fuéramos turcos. ¡Bendita parcela en el cielo tenemos ganada, hip!- Dijo el Delgaducho.

Estaba demasiado lejos como para oír las bienaventuranzas de aquel predicador de la mugre. Siguió con paso firme, hasta que desapareció hundiendo la cabeza dentro del coche que le esperaba en la puerta del mortuorio. Miró por la ventanilla y volvió a sonreír hasta que el vehículo arrancó, y una espesa nube de humo negro quedó en el lugar alimentando los pulmones de aquella pareja.

- ¡Dios le bendiga, cof, cof, Señor Don Diputado! ¡Gracias por sus ponzoñosos humos, están que alimentan, cof, cof, cof! ¡Con suerte hoy me ahorro una comida!- Vociferó el Bajito. –Oye flaco, me *cagüen* la mar *salá*, ¿tenemos dignidad, o no la tenemos? Que se vayan a freír espárragos ése y todos los de su apestosa calaña.

- A mi la dignidad me sale hasta por la orejas, eso sí, me tiene muertito de hambre y si por mi fuera la cambiaba sin pensármelo por una arroba de tinto de mi pueblo.

Y así se embriagaban de la alegría de vivir en la miseria aquellos dos, mientras nuestro altivo Señor Don Cirujano, se perdía por las calles cercanas en su flamante automóvil negro, opaco a la desesperanza que dejaba atrás, envuelto en el negro humo que surgía de las entrañas del progreso.

- ¡Qué tenebrosa enfermedad nos consume!- Pensaba el Doctor Erguido para sus adentros.
- ¿No cree usted que la sociedad y sus leyes se están desmoronando?- Preguntó al chófer con la voz un tanto apagada.

Silencio por respuesta.

- ¡Cuánto trabajo por hacer, y cuán pocos estamos dispuestos a ponernos a la tarea!-Seguía su monólogo de interrogantes. ¿Qué le parece?

Silencio de nuevo.

- Bien, bien, bien. Lléveme al Barrio de los Curtidores, quiero recoger a un ayudante para un trabajo pendiente. Aún le quedan muchas horas al día y es menester no echarlas a perder.

El recién dotado de alas cirujano, estaba henchido de entusiasmo. Cual Ángel Exterminador, no podía creer aún que sus actividades nocturnas, que antaño formaban parte de sus actividades ociosas, ahora estaban legitimadas por un Ser Supremo, Todopoderoso y Terrenal, el Estado. Que todas las *razzias* perpetradas en la sombra de la noche para calmar su sed de conocimiento y profilaxis social, eran comprendidas en aras de un bien mayor, la seguridad social en su máxima expresión, la lucha contra la degeneración dotada de legitimidad infinita. No cabía en sí, y la visión soez de aquellos dos borrachos, había puesto en ebullición el caldo de sus venas. Extirpar los órganos podridos exigía un instrumental preciso y un asistente versado en el mismo, y a por ambas cosas se dirigía el doctor Erguido.

Mientras, en un vaivén disonante, el bajito se apoyaba en el delgado intentando rascarle algo de la barbilla. Derecha, izquierda, derecha, ¡alto! Izquierda, derecha, ¡Quieto!

- ¡Por las barbas afeitadas del Santo Judas! ¡Tente quieto que te voy a quitar un algo de la cara!
- Si son migas de la merienda, bien están ahí, una preocupación menos si tengo la despensa llena...
- ¡Pero que migas, ni que despensas! ¡Una garrapata con más hambre que nosotros que te *quita*o flaco!
- Se hace de noche camarada y ni *pa* un vaso de vino tenemos.
- De *fiao* no nos quieren ver por la taberna de los madereros, así que esta noche nos toca compartir desagüe con las ratas- Dijo el flacucho como despertando en una realidad sobria y negra.
- Si, el desagüe es el hotel más cercano, y no tengo el reuma como para pasar la noche al raso. Seguro que nos cae una *helá* buena.
- En marcha pues, tenemos que hacernos con un buen hato de leña de camino y la noche se nos echa encima- Dijo el flacucho decidido.

Calles ennegrecidas, casas negras como el tizón, rostros oscurecidos por la miseria o el trabajo

infinito era el paisaje que iba dejando atrás el doctor Erguido con su coche negro, con sus negros humos, como saliendo de un pasado sombrío para adentrarse en un porvenir de luces apagadas, dominado por la noche, negra y tenebrosa como la que ya se cernía sobre cada rincón del Barrio de los Curtidores.

VI

Ni un alma se movía por el barrio de los curtidores, sólo un par de intrépidas ratas, desafiaban inconscientes a la noche, escapando de las trampas que algunos de los muertos de hambre del barrio había colocado por la tarde. Una sombra encorvada, escondida detrás de un chaquetón y un gorro a juego, sobresalía de una de las aceras, fumando tabaco de liar, y se diría que entreteniéndose con los chillidos de los roedores. Un rugido cada vez más cercano lo puso en alerta, apagó el cigarro en una de sus botas, y se guardó el sobrante en el bolsillo del abrigo. Las luces del vehículo del doctor Erguido, le iluminaron el rostro, pero no se inmutó, estaba esperándole.

- Buenas noches, Ramiro, adelante, póngase cómodo. Dijo el doctor desde el interior de su coche.

Ramiro, apenas esbozó un gruñido a modo de saludo y entró en la parte trasera del vehículo. Aquel era un hombre rudo, no muy hablador, pero muy hábil con

los cuchillos. De siempre se había dedicado a despellejar animales y curtir su piel, lo cual le había hecho ganarse cierta reputación entre algunos burgueses de la ciudad, por sus excelentes trabajos con la piel del venado. Así fue como el doctor Erguido conoció al curtidor, por la recomendación de un colega cirujano, al que le había curtido la piel de un preso andaluz tatuado de cuello a tobillos. Cuando el insigne cirujano, vio la calidad de aquel pellejo, no dudó en comenzar a encargarle algunos trabajitos por el estilo. Ramiro El Curtidor, no hacía preguntas, no mostraba escrúpulos, y jamás habría la boca más de lo necesario. De este modo, nuestro artesano hacía horas extras de vez en cuando, ayudando al doctor Erguido en sus salidas nocturnas, y ahora, cuando sus actividades estaban auspiciadas por la policía, digamos que había empezado a cogerle el gustillo, a aquellos de limpiar las calles de enemigos de la Civilización.

- ¿Has traído las herramientas, Ramiro?- Dijo el cirujano.

- Aquí están, gruño el curtidor sacando un maletín de cuero negro de debajo del abrigo.
- Perfecto Ramiro, hoy vamos a tiro hecho. De camino a tu casa, me he cruzado con un par de pordioseros que hablaban de ir a pasar la noche a los desagües de la estación, junto al río.

Ramiro, asintió moviendo la cabeza.

- Querido y fiel ayudante, hoy es un gran día. Salimos para librar la batalla decisiva, conquistar la Jerusalén tomada. Nuestras manos, Ramiro, se tornan herramientas del Progreso, nuestros instrumentos son las balanzas de la Justicia. No te quepa duda, que el panteón de la Historia de los Grandes Hombres nos acogerá en su seno, y como tales, seremos alabados por las generaciones futuras. Pero no todos están preparados para semejante cruzada. Los próceres de la Nación, nos han dado su confianza, han sancionado nuestro trabajo, y por ello nos protegen de la infamia y las calumnias. Así es,

Ramiro, nada hemos de temer, nadie ha de juzgarnos.

El doctor Erguido estaba henchido de orgullo. Tanto, que no había caído en la cuenta, de que en realidad estaba arengando, cual general romano, a un pobre analfabeto, que sólo pensaba en las cuatro perras gordas que el cirujano le daba por destripar a otros desgraciados como él, pero sin tanta suerte. Quizás hubiera sido la manera de darse ánimos para sí, mirando a través de la ventana del coche, pero el furor había podido con él y se puso a pensar en voz alta. Ni el curtidor, ni el chófer hicieron gesto alguno, y durante un largo rato, el silencio se apoderó de la Santa Cruzada.

- Hace un frío del carajo, flaco. Con estos palitroques no nos llega ni *pa* calentar las liendres.
- Tu sigue buscando, que el cura de mi pueblo siempre decía que la Divina Providencia, nuca abandona a los buenos cristianos. Y yo ya hace

más de cuarenta años que llevo ganándome el cielo.

- Tu lo único que vas ganarte esta noche es una santa pulmonía, de esas que te dejan bien cerquita del cielo. Y déjate ya de tanta teología y tanto catecismo, que yo no veo a Dios buscando leña por ninguna parte.
- ¡A sus órdenes, mi capitán! No podemos flojear ante el enemigo, sea el frío, el hambre, o la mismísima Providencia. ¡Adelante Ejército de la Mugre! ¡Ni un paso atrás!
- Desde luego camarada, tu sitio está entre los grandes, junto a los emperadores, los príncipes y los ministros, y un cierto aire de obispo te resopla por los hombros. Si no me equivoco, la Vida no ha sabido ver el porte aristocrático que te gastas. Una pena camarada. Algo muy desgraciado tuvo que pasarte en tu niñez para haber terminado recogiendo leña húmeda junto a este río ponzoñoso.
- Yo te diré que me pasó de joven... ¡Venirme del pueblo a esta ratonera de ciudad! Yo, que tenía

casa, unas pocas ovejas que pastorear y siempre un mendrugo pan que mojar en su leche. ¡Si hasta me llamaban el Marqués!

- Y ahora mírate Marqués, pobres son tus dominios y largas tus pesadillas.
- ¡Cállate mal nacido! Bien sabes que duermo con un ojo abierto desde que el Rojo, Sarmiento, Pitillos, Chusete y todos los demás aparecieron sin tripas en la cuneta. ¡Maldita la hora que me vine del pueblo! ¡Malditos sueños de prosperidad que ni dormir me dejan!
- ¡Schsss! ¡Calla Marqués, por ahí se acerca alguien, reza para que no sean los guardias!
- Es solo un borracho, ya se aleja.
- ¡Ala, al agujero, digno palacio de un marqués y su séquito! ¡Enciende las hogueras, prepara los cañones, listos para el combate!

Aquellos pobres desgraciados continuaron delirando dentro de la cloaca en la que iban a pasar la noche. Detrás, las vías del tren, delante el río en el que terminaba el desagüe. Una vida de lujos y

satisfacciones compartidas al calor de una hoguera. Y así, encarando la batalla cotidiana contra la congelación o el hambre, apenas eran conscientes de que estaban apunto de librar un combate en el que nada podían hacer, una batalla que si bien ya habían perdido hace muchos años, aquella noche sentirían el dolor de las heridas inflingidas por el enemigo.

- Aquí es Ramiro. Apaga las luces del coche- Dijo el cirujano dirigiéndose al chófer.
- Tienen una hoguera encendida, si no lo hacemos rápido podemos tener problemas- Dijo el curtidor un tanto inquieto.
- Tranquilo, con suerte ya estarán durmiendo, pensarán que es el mismo diablo el que viene a juzgarlos.

Entraron en la cloaca despacio, sigilosos, como un tigre que acecha su presa, cuchillo y bisturí en ristre. Allí estaban tumbados, uno junto al otro bien arrimados a la lumbre. Mano en la boca y corte limpio en la garganta. Mismo movimiento, la misma

ejecución. Pero algo falla. El Marqués llevaba durmiendo con un ojo abierto un año entero, esperando el momento en que el mismísimo demonio viniera a llevárselo. Consiguió esquivar el zarpazo, empujar al cirujano y salir corriendo de la cloaca. El hambre le punzaba el estomago, pero el miedo apretaba su carrera, y tomaba cierta ventaja a sus perseguidores. Pero algo falla. De lejos el borracho de antes vomitaba apoyado en un árbol, y el Marqués, jadeando, se miraba tirado en el suelo, maldiciendo a la piedra que había terminado con su plan de huida. Todo está perdido. Un gruñido más propio de las bestias destripó el silencio de aquella fría noche, un tajo seco dejó tiritando al General de la Mugre mientras se ahogaba con su propia sangre. El mundo civilizado podía dormir tranquilo, una nueva ofrenda al dios del progreso había sido sacrificada, y como tal, las túnicas negras de sus sacerdotes se habían tornado rojas como el infierno. La batalla había terminado. Pero algo falla. El borracho de antes sigue vomitando apoyado en un árbol, y ahora, levanta la cabeza y fija sus ojos

bañados por el tinto en la faena del cirujano y el
curtidor.

VII

Un gélido monstruo estaba devorando las calles. Su terrible aliento, azotaba cualquier rincón desprotegido de aquella ciudad consumida. El invierno había llegado y con él, una horda de miserables almas sin techo, habían sucumbido a las tenebrosas fauces de la congelación. Los que no tenían casa, morían. Los que no tenían trabajo, se emborrachaban. Y los que lo tenían todo, miraban para otro lado. Las casas de beneficencia tenían cupos para repartir comida, la escasez de limosna era total, y los pobres diablos que no llegaban a tiempo para el rancho, se iban congelados en cuerpo y alma, a mendigar por cualquier rincón, por cualquier esquina de la ciudad que oliera a caridad burguesa.

Mientras, este día desaparecía un mendigo, este otro aparecía destripado, y así, el programa orquestado desde los mortuorios del Estado, se iba cumpliendo eficazmente. El doctor Erguido continuaba su orgía de sangre y progreso. Con impunidad absoluta, y jugando de compañero del crudo invierno, asediaba noche tras noche las cloacas de la miseria en busca

de soldados de la mugre. El frenesí de incursiones era tal, que llegó incluso a alarmar a su fiel curtidor, el cual, ya andaba demasiado metido en el ajo, como para abandonar al ángel exterminador que le daba de comer. Un coche negro envuelto en humo rugía en la puerta de Ramiro, y casi al instante se adivinaban los movimientos de visillos en las ventanas del vecindario. Pero nada podía fallar. Aunque en el Barrio de los Curtidores se oliesen algo, el Estado hacía la vista gorda. La prensa continuaba con la fábula del loco anarquista. La opinión pública se debatía entre las directrices de la prensa o las habladurías de barrio, siempre dadas a exagerar y deformar todo cuanto se chismorreaba por puro aburrimiento. Y finalmente, la disidencia, el proletariado militante, esos oscuros enemigos del estado que conspiraban para mandar al mundo civilizado al basurero de la historia, eran detenidos, encarcelados y las más de las veces liquidados. Acusados, no ya de sedición o rebeldía, sino de burdos cargos de alcoholismo y degeneración, eran

poco a poco eliminados de las calles, de las fábricas, de las ciudades.

El trasiego por el Hospital de los Desamparados era frenético. Cada uno de los detenidos pasaba en primer lugar por las dependencias de la Brigada de Higiene Social. Si tenía suerte era conducido al penal más cercano, y eso significaba que o había delatado a alguien o había convencido a los inspectores que en nada podía ayudarlos, casos que por otro lado se contaban con los dedos. Empezaban hablando de su trabajo, de su casa, sus amigos, sus familiares. Si las sutiles amenazas de los esbirros no llegaban a ninguna parte, se cerraba el telón, a uno se le escapaba un guantazo y comenzaba el segundo acto. “Pero hombre, si no te pedimos vender a Jesucristo. Mi amigo es un tipo nervioso y no aguanta a la gente callada”. Nuevo guantazo. “Mírate hombre, si en realidad esto puede ser mucho más fácil, no hagas que mi compañero empiece a divertirse”. Otro guantazo y chorretón de sangre por la comisura de los labios. “¿Ves? Te lo he dicho. El

problemas es que a mi compañero, le puede durar la diversión contigo muy poco, y bueno, es un tipo inquieto, celoso de su trabajo, y si te liquida pronto, igual se dedica a visitar a tu hermana, como se llama, ah si, Juana. Ya ves, es mucho mas sencillo de lo que lo estás haciendo”. Puñetazo en la nariz y nuevo chorro de sangre. Y así continuaba la función del Poli Bueno y Poli Malo, uno amenazando y el otro partiendo huesos, hasta que el desgraciado que estaba aguantando más que el santo Job, se desmayaba o terminaba delatando al primer hijo de vecino que se le viniese en mente. Todo un espectáculo al más puro estilo de la Inquisición en los albores del Siglo Veinte.

Después de los interrogatorios, algunos no aguantaban la paliza y eran llevados directamente a la sala de disecciones del Hospital. Allí donde cada mañana, el Doctor Erguido daba sus clase magistrales de medicina legal y forense. Allí donde el conocimiento no dudaba en ensuciarse las manos si era por una causa digna, y en donde solo unos

pocos privilegiados se formaban en la defensa de la Sociedad. Parecía un negocio redondo. El Invierno luchaba contra la miseria. La brigada de Higienistas luchaba contra la miseria. El doctor Erguido continuaba con su batalla cotidiana contra la miseria. Pero a su manera. Y así, las gentes de bien, se regocijaban en la seguridad de un hogar caliente, mientras el *bajocero* devoraba las calles, y el furor de la tortura se apoderaba de las comisarías.

Sin embargo, algo falla. Cuando en las calles todo son habladurías, la certeza ilumina la mirada vidriosa de un borracho apoyado en un árbol. Si nunca hubo mendigos que sobrevivieron a la carnicería, alguien vomitándose los pantalones pudo adivinar qué había sido de ellos. De todos los presuntos alcohólicos detenidos, el único que no era anarquista, el único que vendería cualquier guerra social por una buena arroba de vino, conservaba el secreto que podía torpedear los cimientos del Estado.

*Vulnerant Omnes,
Ultima Necat*

I

Estaba tumbado boca abajo y se oía el eco de un goteo incesante no muy cerca de mi cabeza. En el sucio y mugriento suelo había una mancha del color del ocre que parecía la viva estampa de mi cara. Sólo aquel ritmo de gotas me zumbaba la cabeza, una tras otra torturándome los nervios. ¿De dónde venía? La cabeza me iba a estallar del dolor. Una tras otra agujereándome las sienes. El charco del suelo ya no se me parecía en nada, y se daba cierto aire con una garrafa de vino. ¡Eso es! Se había derramado el vino y repiqueteaban las últimas gotas en el suelo. Pero no podía moverme. Miraba al suelo impotente, viendo como la mancha de vino se hacía más y más grande, y como una gota tras otra, se me iban desvaneciendo las fuerzas y el juicio. Levanté una mano y me la llevé por instinto a la frente. El vino había llegado a mi cabeza por arte de magia. Lo cierto es que llevaba tres días borracho como una cuba, y es posible que acabase echándome una jarra de vino por la cabeza algún compañero de juerga. Me relajé el dedo. Una tremenda náusea me golpeó la cabeza, igual que si me estuviesen atornillando un

corcho de botella. Aquello no era vino y yo no estaba borracho.

No se cuanto tiempo había pasado desde la última vez que me desmayé pensando en una jarra de vino. El goteo había cesado su ruido mareante. Una mancha rojinegra me hacía reverencias desde el suelo, pero yo no podía responder. Seguía boca abajo y una nueva náusea me abrazó la garganta, vomitando un líquido más que negro. Sólo podía mover los brazos y me toqué la frente. Aún no entendía que la costra que palpaba, el dolor de cabeza salvaje y los vómitos eran consecuencia de tener la crisma rota. Ni sabía que me había pasado, ni dónde estaba, ni por qué solo me apetecía pensar en tomarme un buen vaso de vino tinto. Todo era un misterio para mí. Estaba cual recién nacido envuelto en sus primeras gasas, inconsciente, asustado e indefenso sin conocer nada ni nadie, pensando solo saciar mis necesidades de borracho. A mi alrededor todo era silencio, solo un zumbido intenso me acompañaba a cada idea inconexa que se me presentaba. Un zumbido inquietante que, aunque no

me perturbaba, me llenaba de incertidumbre, de los terrores más primitivos que alguien puede sentir.

Noté que el suelo se movía, y por un instante dejé de ver exclusivamente su negrura que me abrazaba. Todo se movía igual que un giroscopio, rotando sobre un mismo eje diversas piezas en un baile milimétrico pero descompasado, hasta llegar a estar sentado enfrente de alguien que me hablaba en el idioma del silencio. No podía ver su cara, solo una mano que pasaba delante de mis ojos y a la que yo perseguía con la mirada. Conseguí enfocar el rostro que intentaba emitir sonidos pero sin éxito. Era un tipo oscuro, corpulento, con barba tupida. Comenzaba a dar muestras de impaciencia al ver que no contestaba a su lenguaje mudo, y finalmente me dejó caer de nuevo al suelo, abrasado por el dolor de cabeza, con las nauseas pellizcándome el estómago y un enigmático zumbido susurrándome ininteligibles secretos. Tampoco había entendido que todos aquellos esperpénticos signos de

incomprensión, eran fruto de una profunda sordera en la que me había sumergido.

Tenía la cabeza rota, sordo como una tapia y totalmente desconcertado por no saber ni siquiera en qué agujero había ido a caer. Sólo me apetecía dejar de oír aquel zumbido, desmayarme y dormir eternamente. De momento, un moderno habitante de las cavernas me estaba abofeteando la cara, y yo no podía entender los misterios que me estaba confesando.

II

No cabía duda. Ya me conocía aquel olor, aquellas tonalidades grises, y aquel tacto de piedra pulida, que hacía de todo el conjunto, la antesala del juicio hacia el purgatorio. Estaba sordo. Estaba sordo y encerrado en una celda ponzoñosa, esperando una nueva palmadita en la cara de un tipo barbudo que no quería dejarme tranquilo. Todavía no había comenzado a ubicarme, y con una nueva palmadita en la mejilla, requería mi atención aquel tipo. Seguía sordo y no quería más bofetadas. Conseguí levantarme del suelo y me alejé en la dirección contraria del interrogatorio para sordos al me tenían sometido. Estaba aturdido, pero al levantarme pude distinguir varias sombras inmóviles, escondidas en la oscuridad, sin quitarme el ojo de encima. Me quedé de pie, mirando la pared del fondo, intentando poner en orden mis sentidos, pasando revista a las pocas sensaciones de las que podía fiarme. No sólo el zumbido me abrasaba la cabeza, apenas podía enfocar a unos pocos metros de mí, lo cual hacía que me sintiera más y más solo, más y más incomunicado en aquella celda, con aquellas miradas

clavadas sobre mí y sus gritos ahogados antes de tener algún significado. Existía por pura intuición, asediado por el miedo y la inseguridad, con la única certeza de tener la crisma rota, estar sordo y casi ciego. Cualquiera diría que ya estaba listo para ser despachado en una caja de pino barato, sin nada ni nadie a quien asirme para no ser enterrado vivo. Que delirio, que dolor de cabeza.

De modo que sólo podía desconfiar. Miraba con sospecha al barbudo de los aspavientos, desconfiaba de aquellas sombras desconocidas que clavaban sus rostros uniformes sobre mi desconcierto. No conocía a nadie, pero tenía claro donde me encontraba. No recordaba nada, pero sabía que no quería a nadie cerca. Era como si hubiese desarrollado un instintivo gesto de repulsión a todo lo cercano, el instinto más primario de supervivencia que me impedía acercarme a aquellas personas, siendo quizás aquella privación de los sentidos que me atenazaba, la consecuencia fisiológica del deseo de sobrevivir. Una extraña contradicción que no resolvía ninguna

de las dudas que a cada segundo se iban apareciendo delante de mí, cual espectros macabros que, una y otra vez, me pedían cuentas de algo a lo que yo no podía responder, dando la sordera como respuesta, la ceguera como prueba de mi existencia, una brecha abierta como ofrenda a la ignorancia absoluta. Sin duda, ya había probado el frío suelo de una celda, pero creía que nunca me había sentido de aquella manera, tan indefenso y comido por el miedo, y esa sensación que no me abandonaba, de recelo, de persecución y desconfianza hacia todo el universo que me tenía encarcelado.

Y allí estaba, de pie, mirando a toda aquella chusma que ya ni me prestaban atención, pensando en que algo estarían tramando contra mí. Incluso el tipo de barba que había intentado interrogarme, estaba reunido en un corrillo discutiendo sólo el demonio sabe qué. Aquella escena tuvo un extraño efecto sobre mi memoria. A la mente me asaltaron algunas imágenes de años pasados, con gentes desaparecidas y conversaciones sin apenas sentido. Por arte de

magia, recordé un instante de mi niñez. Aquellos hombres reunidos, discutiendo sobre algo a lo que yo no podía acceder, y esa sensación de curiosidad obsesiva, que a cualquier niño le devora cuando se le es ocultada una conversación de adultos. Mis padres, pendientes de que no me entrometiese, atendían a la vez las palabras de su paisano Germinal, que hablaba muy nervioso y algo subido de tono a otro hombre de su misma edad, con gorra de tipógrafo. Y yo allí, poniendo todos los sentidos en aquella reunión imaginando que podía leer los labios, que no me hacía falta estar presente para saber todo de lo que hablaban, siendo uno más. Pero ni sabía leer los labios, ni era uno de aquellos gitanos adivinos que a veces llegaban al barrio en carromatos, pegando voces en un idioma desconocido para mí, y que por una moneda, te decían hasta el número de liendres que anidaban en la cabeza de la tía del pueblo. Yo seguía sin enterarme de la discusión, tenía un berrinche de aúpa y mis padres estaban visiblemente alterados, hasta que el tipo de la gorra se la quitó de la cabeza, se rascó las sienes con signos de

impaciencia y apuntó su dedo hacia la cara de Germinal. En ese momento supe que algo grave pasaba, mis padres me cogieron de la mano y nos alejamos de aquellos dos hombres. Todo había acabado y aquella noche, antes de dormir, sólo pude fantasear sobre lo ocurrido, imaginándome en medio de la conversación y dando mi opinión sobre los temas mas serios y trascendentes. Jamás supe qué pasó aquel día. Hasta hoy, que me he vuelto a ver en aquella escena, teniendo la impresión de seguir oyendo el murmullo de mis padres, Germinal y aquel tipo de gorra, en la lejanía del recuerdo, resonando en mi memoria para hacerme olvidar que estaba encerrado y paranoico.

Había vuelto al presente, pero al parecer aquellas voces del pasado no se habían disuelto en el recuerdo. O me había vuelto loco de remate, o realmente estaba escuchando un coro de voces reunidas en comité.

- No creo que se haya enterado de nada.

- Mejor no correr ningún riesgo, voto por ignorarlo.
- No habléis tan alto que os va a oír. Sigue mirando hacia aquí.

Qué diablos, ¡Qué me parta un rayo torcido si esas voces se parecen a la de mi difunta madre! Lejanas pero potentes, silenciadas por el zumbido, pero sin lugar a dudas quebradas por el alcohol y el tabaco barato. Estaba claro, mi oído se recuperaba, comenzaba a sentir un leve murmullo, pero aún no distinguía ni una sola palabra, no sé si por los efectos de la sordera, o porque aquello de lo que se estuviese hablando, se hacía en voz baja. Pero que importaba. Un escalofrío me recorrió la espalda provocándome un tremendo dolor de cabeza. Acababa de caer en la cuenta. Una pareja de guardias me habían molido a palos, me habían arrojado a aquella sucia celda, y no recordaba cuanto tiempo podía haber estado inconsciente allí tirado. Lo que sí tenía enfrente, no sólo eran aquellos oscuros huéspedes de la prisión, sino todo un

abanico de recuerdos infames que me habían hecho
recobrar la lucidez...y la desesperación.

III

Desde la primera desagradable visita del dúo de inspectores higienistas, no había podido dormir en condiciones ni una sola noche. Sólo cuando estaba tan bebido como para desmayarme en cualquier esquina, podía conciliar el sueño. Un precio demasiado caro que ni siquiera me libraba de unas terribles pesadillas. Calabozos, torturas, personas vestidas de blanco, o de gris con mandíbulas de tiburón. Los abusos con el vino me estaban pasando factura, y un continuo delirio se apoderaba de mis nervios. Si no era capaz de dormir, me hinchaba a beber hasta el desmayo, y una vez inconsciente las imágenes de paranoia y persecución me asediaban sin tregua. Pero no podía hacer nada.

Seguía yendo a trabajar a la fábrica, y allí las cosas iban de mal en peor. Un día sí y otro también, llegaban una pareja de inspectores de la Brigada y trincaban a algún compañero. Todos sabíamos a donde los llevaban, así que el miedo reinaba entre los muros de aquel infierno. Ya fueras militante en alguna organización o proyecto revolucionario, ya

fueras un simple trabajador analfabeto, podías estar en la lista de señalados por aquellos inspectores. Los veía a diario, en la puerta, buscando a alguien. Al salir, allí estaban. Cuando llegaba a casa, desde la otra acera me saludaban. Si me animaba a ir a la taberna de los madereros, antes que yo estaban en la puerta. Durante dos semanas me tuvieron vigilado sin intervenir, sin decirme una palabra, simplemente acosándome, como si fuera el trofeo de una montería.

Mientras, el invierno había llegado con fuerza. Desgraciadamente, por mucho que en ocasiones lo deseara, no podía quedarme en mi casa encerrado hibernando, aletargado esperando que todo lo terrible de ahí fuera desapareciese con el invierno. Poder despertar en primavera, aún somnoliento por los meses de inactividad, pero con la seguridad de que todo hubiese pasado, que las pesadillas del invierno se las hubiera llevado el gélido viento muy lejos de mí. Sin embargo, mi vida se deshacía como un helado de chocolate al sol, rápido y dejando una

fea mancha marrón. Desde aquel día en que tuve el encuentro con Toti y El Alcoyano en la taberna, parecía como si mil años de mala suerte me hubieran caído en desgracia, y ahora estaba penando en el milenio de la eterna borrachera. Ante el panorama de continuas detenciones, yo me empeñaba en seguir a lo mío, con mi particular condena de amnesia inducida. No quería saber nada, ni de revoluciones, ni de chivateos, solo arrojarme a los brazos de la jarra de vino y dormir sin pesadillas.

Este proyecto desgastado, iba poco a poco socavando la escasa cordura que me quedaba. Los momentos de lucidez, se resumían en las horas tristes en la fábrica o haciendo la suma de los céntimos a la hora de pagar en la taberna, lo cual ya era un logro. Con la perspectiva perdida, ya ni me importaba la mirada agobiante de los inspectores, y a decir verdad, creo que ellos mismos habían ganado puntos con mi progresiva transformación en cero. No molestaba, solo me autodestruía. Pero este particular forcejeo con la mala suerte, no iba a

quedar así. Me tenía bien agarrado de la pechera, y no iba a soltarme por las buenas. Estaba dispuesto a ser un desgraciado las veinticuatro horas del día, durante mil años seguidos. Y así fue. Una noche de frío negro, sin luna, me encontraba calentándome en la taberna como de costumbre. Estaba solo, mirando mi jarra sin prestar atención a nada ni nadie, y deseando que todo siguiera tal cual, es decir, deseando la soledad como el bien maspreciado aquella noche. Pero, a mi lado había un grupo de obreros que discutían algo sobre no sé qué línea férrea a Cuenca. Que si en unos años la empezaban, que habría más trabajo, que si todo era una barbaridad más de la España burguesa, que a mí que me importa el tren a Cuenca si no lo voy a poder pagar en la vida, etc. Y así fue subiendo de tono la conversación entre partidarios y detractores, hasta que me amargaron el fermento de la uva, por lo que recogí mi abrigo, pagué mi consumición y un litro de veneno para llevar, y salí por la puerta de la taberna maldiciendo el tren a Cuenca.

Por una casualidad fatal de la vida, acabé sentado en las vías del tren. Mientras tiraba piedras a las vías, sorbía poco a poco del litro de vino que traía de la taberna. No tenía ninguna prisa en que se acabase, sólo quería matar mis horas allí sentado, con la única compañía de mi hastío. Pero conforme iba hirviéndose el veneno en mi estómago, me asaltaban imágenes repetitivas de obreros discutiendo, trabajando en la zanja de las vías del tren a Cuenca, o a mi mismo perdiendo un tren tras otro, mirando cómo se alejaba sin remedio, sintiéndome abandonado por una gris locomotora. Volvían los delirios. Conseguí levantarme y acercarme a la orilla del río que pasaba junto a las vías, para descargarme de orines. Miré hacia arriba, y me mareé. Miré hacia abajo, y sólo vi un charco bajo mis pies. Miré hacia un lado, y allí, como una arteria abierta de la que ya no brota sangre, el hierático tubo de un desagüe. Terminé de mear y al retirarme de la orilla, me pareció oír la voz de alguien que salía del interior de la tierra, de más allá de las cloacas de este mundo. ¿Volvían los delirios? Un instante después me

encontraba sentado de nuevo en el mismo lugar del que me había levantado. Ni siquiera recuerdo el movimiento de echarme al suelo, pero allí estaba, sacándole partido a las últimas gotas de vino y mirándome las manchas de las botas. Lo había conseguido, estaba sólo.

No quise desmayarme allí sentado. Me levanté y una furiosa náusea me zarandó violentamente. Oí el rugido de un motor que se acercaba. Nuevo golpe de mareo. Un coche negro había parado junto al desagüe y dos sombras habían salido sigilosas. Las alucinaciones apenas me dejaban respirar, hasta que conseguí abrazar un árbol cercano. El coche negro seguía allí parado, sin luces, escupiendo humo y alguien dentro esperando. Mi cuerpo no lo resistió, una negra bilis simuló el surtidor de una fuente e inundó mis ya empapadas botas, aunque a mí me pareció que la vida se me escapaba por la boca. El único valor de mis entrañas se estaba desperdiciando sobre mis botas. Ya me había olvidado del coche, cuando levanté la cabeza y vi salir un hombre

corriendo del desagüe. Detrás, corrían enfundados en negro, dos personas más blandiendo objetos del color de la muerte. Aquel que tropieza y éstos que le alcanzan. A lo lejos, de repente, me convierto en testigo de una carnicería, en espectador involuntario de una brutal sangría, y es que allí mismo, el desdichado perseguido ha perdido la última oportunidad de salvar su escapada, y con ella su vida. El milenio de la mala suerte también se había apoderado de él, y aquellos borbotones de sangre eran la prueba de fe, su certificado de mala suerte. Y en ese instante una fugaz lucidez me da dos bofetadas en la cara. Uno de los carniceros me ha visto, y sólo pienso en correr, en huir y no sucumbir al milenarismo de la sangre. Correr y no mirar a atrás. Correr, correr, correr.

IV

Un abismo oscuro de árboles y maleza separaban las vías del tren de la ciudad habitada. Sin pensármelo eché a correr como un endemoniado, escupiendo el fuego de los ardores como una bestia presa del pánico. Me sentía como esos cervatillos perseguidos por una jauría de lebreles hambrientos, que no miran atrás tanto en cuanto su vida va en ello. Un segundo de despiste y quedarían agonizando sobre las hojas caídas con las tripas colgando, con la garganta desgarrada, muerto finalmente. Tropezaba, me caía, volvía a levantarme y seguía corriendo frenéticamente, sin mirar quién o qué dejaba atrás, solo quería confundirme con la oscuridad, mimetizarme como una bestia más de la noche.

Conseguí llegar a las casas junto a los lavaderos, doblé una esquina y me paré apoyado en el muro de atrás de una casa baja. Tomé aire y casi vomito. No era oxígeno lo que respiraba, sino el aire envenenado de pánico. Tomé de nuevo aire y miré escondido detrás de la esquina el camino por donde había

llegado. Ni un alma. Ni un ruido. Quizás no me hubieran visto. Comenzaba a preguntarme, si todo aquello había sido una torpe alucinación de un borracho acabado, si sólo era fruto de mi calenturienta manía persecutoria. Una burda invención de mis delirios. Oí un crujir de ramas, y casi vomito el corazón. Salí despedido como un cohete calle arriba, tenía que encontrar un lugar donde serenarme y pensar con calma. Me alejé cuanto pude de aquel sitio, perdiéndome por calles que jamás había pisado. Me cruzaba con mendigos huyendo del frío invernal, con gatos que se subían a cualquier balcón cuando me veían pasar como un alma perseguida por el mismísimo diablo. Me ahogaba, ya no podía más, o paraba allí mismo o caería al suelo fulminado, vencido por la fatiga.

- ¡Psst!, ¡Eh! ¡Amigo!, ¿Un traguito de vino para tragar saliva?-

Al oír aquella voz, mis huesos se quedaron rígidos, mi cuello se estiró de una forma ridícula, y maldita sea mi sombra de borracho, me oriné encima.

- Si, amigo, hablo contigo. ¡Por todas las velas encendidas de esta iglesia, cualquiera diría que viene de echarle una carrera al Innombrable! No se apure y beba hombre, que aún tengo para pasar la noche.

Me di la vuelta, y sentado en la puerta de una iglesia estaba un hombre ya entrado en años, cubierto de mantas hasta la cabeza, adivinándose sólo el vidrioso resplandor de sus ojos embriagados.

- Se lo agradezco, pero ya he bebido bastante vino por esta noche. A usted le hará más falta que a mí- Dije con la voz entrecortada mientras me miraba el pantalón meado.

En ese momento el reloj de la iglesia comenzó a repicar dando las doce de la noche. Había

conseguido llegar con vida a otro día. Me quedé pensativo por un momento, y sin saber por qué, me alegré por aquella hazaña. Respirar el aire podrido de aquella ciudad por unas horas más. Miré hacia el campanario y sonreí estúpidamente.

- ¿Se ha fijado en las palabras que están grabadas en el reloj?- Me dijo aquel hombre. Una vez le pregunté al cura que significaba, y me dijo: “Todas las horas causan heridas, pero la última es mortal de necesidad”. Y yo me pregunto, ¿Quién sabe cuál será su última hora? ¿O cómo se yo cuál será la última bota de vino que me pimple? Ya ve, los misterios de la Muerte y los del vino están tan hermanados, como el paso de las horas al repique de las campanas.
- Entiendo. Siento no poder continuar la conversación, se me hace tarde y debo llegar a casa cuanto antes. Gracias y hasta la próxima.
- Sea pues, y sepa que apuesto por usted en su carrera con el diablo. No me falle.

Miré desconcertado al infinito de la calle, sin saber hacia dónde dirigirme, y turbado por las palabras de tan extraño personaje.

- ¿Podría indicarme cuál es el camino más corto al Hospital de los Desamparados?- Dije oteando al horizonte.
- Claro hombre, baje por esa calle de la izquierda, cuando llegue al final, si mira hacia la izquierda verá un farolillo al final de la calle, es la taberna de los madereros. Sólo tiene que encarar la calle que tiene en frente de la puerta de la taberna y al final se encontrará con el Hospital. No tiene pérdida.
- ¡Gracias amigo! Grité mientras reanudaba mi carrera.

En efecto, había decidido ir a mi casa, recoger lo imprescindible y huir cuanto más lejos mejor de aquella ratonera de ciudad. Con decisión seguí las instrucciones de aquel filósofo del vino, y según iba avanzando, todo volvía a resultarme familiar, volvía

a manejarme con soltura por las calles de lo que sin lugar a dudas ya era mi barrio. La taberna de los madereros tenía la tranca echada, y una luz tenue de vela consumida alumbraba la entrada. Ni siquiera me detuve a mirar, continué a paso ligero, pero sin correr para no levantar sospechas. No quería llamar la atención a esas horas de la noche, y menos después de todo cuanto me había pasado desde que salí de allí mismo. Quería confundirme con los adoquines, ser un ladrillo más en el entramado de las calles, pasar desapercibido hasta conquistar la puerta y la seguridad de mi casa. Ya casi lo había logrado. Y ya casi seguro de haberme alejado de cualquier peligro, el recuerdo de aquella noche comenzaba a abrir brecha en mi memoria. Tanto si todo había sido un sueño, o una salvaje realidad. Tanto si me había convertido en un peligroso testigo, o simplemente en la sombra de una alimaña más en una noche cerrada, había decidido acabar con toda la ansiedad que me estaba devorando el hígado. No quería saber nada de todo aquello, solo deseaba respirar sin ardores y sin paranoia. Desaparecer.

Estaba llegando a mi casa. Dejé atrás la puerta del mortuorio del Hospital de los Desamparados y entonces una indeseable lucidez me abordó en el camino. Ya había visto antes aquel coche negro. En el barrio no suelen verse muchos así, y sin duda aquel siniestro vehículo era el mismo que veía todos los días aparcado en la puerta del Hospital. Sabía quien se bajaba todas las mañanas con un maletín negro, y se adentraba, seguido de un ejército de almas somnolientas, en el mortuorio del Hospital. ¡El coche negro! ¡El Doctor!

Había llegado a la puerta de mi casa. El silencio era extrañamente normal. Quizás ya no recordase lo que era llegar a altas horas de la madrugada sin ir borracho. Miré a un lado. Al otro. Saqué la llave del bolsillo. Respiré aliviado. Y entonces el dolor. Me tambaleé agarrado al picaporte de la puerta. Antes de caer al suelo, me rocé las sienes, y mis manos se tiñeron de un rojo ennegrecido, tan negro como aquellas dos sombras que se alzaban delante de mí,

mirando como me hundía en el abismo, como trataba de luchar contra el desmayo. Estiré el brazo y toqué la nada. Doblé la cabeza y toqué el final. Todo se había desvanecido para mí.

Es lo último que recuerdo. Lo siguiente al golpe en la cabeza fue verme aquí tirado, sordo y sin memoria. Sin embargo, vendería hasta el último oscuro escondrijo de mi alma por seguir perdido en el recuerdo, sin la consciente ruina de la memoria que me tiene acorralado. A punto de ser cazado y destripado, sabía que me encontraba en la antesala del patíbulo, o lo que es peor, de la sala de disecciones. Miraba aquellos pobres miserables encerrados, conspirando quién sabe qué como si no me enterase, y en cierto modo los envidiaba. Se los llevarían a uno a uno para interrogarlos, los humillarían, y seguramente los partirían la cara. Puede que algún policía con sed de emociones sádicas se le fuera la mano, y tuvieran que deshacerse de un bulto más por la puerta de atrás de la comisaría. Pero yo me sentía diferente a ellos. A

mi me iban a servir como a un cochinillo en la mesa del Progreso, trinchado en una clase magistral de medicina forense.

- ¿Te has enterado de algo?-
- ¡Eh compañero! ¿Puedes oírme?-

Dos hombres, uno entrado en años y otro muy joven, intentaban llamar mi atención. Podía oírles con nitidez, sabía que se dirigían a mí. Pero como si no hubiese hablado en mil años, o hubiera olvidado cómo era continuar una conversación con una respuesta coherente, el inconsciente me jugó una mala pasada que quizás nadie entendería:

- ¡Me quieren trinchar como a cochinillo!

V

Me sentía como si hubiera despertado de una pesadilla asfixiante, con un ritmo frenético, con una presión continua en el pecho, atenazado por el terror, y atrapado en un limbo hermético de persecución, en el que no hay donde esconderse, y sólo es posible correr ahogado por la ansiedad. Había despertado y el escenario que tenía delante no invitaba a abandonar este terror onírico. Una vez despierto, sólo podía verme como un marrano sacrificado perdiendo hasta la última gota de sangre en aquella celda. Lo intenté de nuevo:

- ¿Dónde estoy?- Dije.

Pero fui incapaz de soltar dos palabras más. Volver a oír mi voz me resultaba un tanto mareante. No lo intenté más, me senté en el suelo con las piernas cruzadas, y me quedé observando al comité de presos.

- ¿Te ocurre algo amigo?- Dijo uno

- Mejor no hacerle mucho caso. Cuando llegó inconsciente sólo babeaba y repetía todo el rato algo sobre sus tripas. Ha perdido el juicio el muy majadero.

Podía oírles. Sabía que hablaban de mí y que podía responderles. Mirarles a la cara y relatar con pelos y señales lo que había visto en aquel desagüe junto a las vías del tren. Describirles cómo la mayoría de ellos iban a terminar encima de una mesa de disecciones, sin una víscera en su sitio, sacrificados en el ara de aquel cirujano estirado. ¡Maldita sea, que se vayan al carajo! De nuevo el silencio por respuesta.

- Tienes una buena brecha en la mollera. Deberías dejar que te viera eso, un servidor es barbero desde hace veinte años.

Era muy extraño. El tipo barbudo que me zarandeaba hacía un rato, me estaba diciendo que era barbero. ¿Y se supone que debía confiar en sus

dotes de matasanos? Si no confiaba ni siquiera en mí mismo, ¿Cómo diablos iba a hacerlo en un barbero que no se afeitaba desde hacía años?

- Tranquilo hombre, no quiero hacerte daño- Se acercaba. Me llamo Gervasio- Seguía acercándose. ¿Tienes nombre?

Había conseguido ponerse arrodillado junto a mí, con la mano reposando en mi hombro, tranquilizándome como si fuera un perro angustiado por el abandono. La cabeza me iba a estallar, sentía una horrible presión en los ojos, y pensaba que si quisiera, sería capaz de expulsarlos de sus cuencas igual de fácil que escupir el hueso de un albaricoque. No me apetecía hablar, y menos explicar mi desdichada situación, así que me sobé la cara, mire al barbero y...me dediqué a mirar al suelo en silencio.

- Yo le conozco. El otro día estuvo hablando con El Toti y El Alcoyano en la taberna- Dijo una sombra del corrillo.
- Entonces será de fiar. Si no me equivoco, le han aviado la cabeza a bien de garrotazos. Con suerte será capaz de acordarse de quien es, pero el qué es lo que hace aquí, ya es otra historia- Replicó otro desde la oscuridad de la celda.
- Sí, parece totalmente ido.

Al oír pronunciar aquellos dos nombres, algún resorte dentro de mi cabeza comenzó a moverse. Era como si me hubiesen susurrado el abracadabra de los ilusionistas, la palabra secreta de los hipnotizadores que hace despertar de una profunda sugestión lo más íntimo del espíritu. Me identifiqué con el santo y seña, y al fin pude liberar las palabras:

- ¿Habéis dicho Toti? ¿Lo han detenido a él también?
- Bienvenido compañero. Me alegra saber que la bofia no te cortado la lengua. Nadie sabe dónde

anda el Toti. Cuando comenzaron las redadas y las detenciones, alguien vio al Alcoyano ayudándole a huir por un callejón, pero no sabemos nada más. ¿Y tú, por qué estás aquí y no te han arrojado a una cuneta para rematarte?

- Mejor no lo quieras saber. Me cogieron en la puerta de mi casa, justo cuando intentaba entrar, recoger cuatro cosas y desaparecer para siempre. Mil años de mala suerte me han caído, y mejor será que no te arrimes mucho, que todo se pega menos el color de los ojos. ¿Y vosotros que hacéis ahí reunidos? El dios al que estáis rezando no va a evitar que salgáis de aquí con las tripas dentro de un frasco.
- La mala suerte no tiene ninguna culpa de nuestra situación. Se nos ha perseguido durante el último año bajo la acusación de enfermos, alcohólicos, degenerados y retrasados mentales. Si conoces al Toti sabrás de que pie cojeamos. No te voy a engañar, al único dios al que rezamos es al fuego de la revuelta, de modo que debes entender nuestro recelo.

- Entiendo. Pero detente, que me veo en otra discusión delirante como la que tuve con tu amiguito El Alcoyano.
- ¿El Alcoyano? Ese no es amigo de nadie, y nadie lo es suyo. Un buen día apareció apadrinado por Toti, y nadie hizo más preguntas. Nos bastaba la palabra de un compañero de flema revolucionaria intachable. Ahora, también te digo que es un completo desconocido.

En ese momento, el barbero fue interrumpido por otro preso que había permanecido en un segundo plano, callado y sin rostro.

- El Alcoyano ha estado siempre en primera línea, en las calles, en las fábricas. Las barricadas han sido su segunda casa. Lo demás son habladurías de viejos aburridos ávidos de chismorreos.
- Está bien compañero, no es el momento de discutir esto. En breve comenzarán las rondas de interrogatorios, y hemos de ponernos de acuerdo o todo estará perdido para nosotros.

Los gestos, que ya no me pertenecían, habían decidido por su cuenta traicionarme. La carcajada de un enajenado salió por mi boca, y todos clavaron sobre mí sus inquisitivas miradas.

- ¡Todos estamos perdidos! Estamos en la sala de espera del jardín de torturas del mismísimo Satanás. En estos momentos, afila su instrumental de experimentado florista, para cultivar su siniestra afición por los cuerpos descuartizados. No podéis escapar, es vuestra última hora.
- ¿Pero qué dices majadero? La policía no quiere descuartizarnos, ni sacarnos las vísceras, ni plantar un huerto con ellas. ¡Maldito loco, somos prisioneros políticos, carne de presidio, no ratas de laboratorio! Si se nos acusa de borrachos nos enviarán a rehabilitar a trabajos forzados, pero si los cargos son de sedición, ya tenemos una soga atada al pescuezo. Y ahora estate calladito, que yo no le veo la gracia por ningún lado.

No respondí. Aquella cuadrilla de negros conspiradores no quería hacerme mal alguno. Sus altas preocupaciones estaban muy lejos de mis desvaríos, y jamás creerían ni una sola de las palabras que pudiera sermonearles sobre vagabundos, cirujanos y cloacas. Era el único culpable de alcoholismo que no iban a mandar a ultramar a partirse el lomo en las minas. Estaba convencido que me esperaba el mismo final que todos aquellos cuerpos sin tripas, abandonados en cualquier zanja, sin ser reclamados por nadie, con una etiqueta atada al dedo gordo del pie señalando mi destino: las clases de cirugía de aquel doctor. Y sin embargo, la rectitud de aquellos hombres me conmovía. Estaban a un paso del suplicio y la muerte, y su fortaleza política no se venía abajo. Reunidos en soberana asamblea en aquella celda mugrienta, su dignidad se fugaba fuera de aquellos barrotes, y seguramente la información de la que disponía les sería de alguna utilidad en sus planes de guerra. Pero aunque como reza el dicho, los borrachos si bien no mienten, nadie se fía de ellos. Y

así me encontraba, sólo y sin crédito, consumiendo mi última hora.

Abstraído, y totalmente ajeno a la discusión de los otros presos, me dediqué a centrarme en el mundo exterior. Por la altura de la ventana de la celda, se adivinaba que aquello era un sótano, con un esmirriado respiradero de barrotes al nivel del suelo de la calle. Por allí, una tenue luz intentaba colarse en el agujero donde me encontraba. Al parecer, aún era de día. A bote pronto se me ocurrió que aquello no podía ser el presidio del Partido Judicial. En varias ocasiones, había ido a las puertas de la prisión a buscar a algún compañero de fábrica que se había pasado a la sombra una semana por alguna pelea en la taberna, sentenciado a cumplir encierro por delito de lesiones. Aquel edificio no tenía celdas en los sótanos, al menos con ventanas visibles, así que deduje que la celda en la que me encontraba pertenecía a la comisaría del distrito en el que vivía. Estaba claro, nos tenían allí esperando el turno de interrogatorio, y mi escasa lucidez del momento me

había impedido ver que era imposible que ya nos hubieran mandado al presidio sin juicio alguno. De modo que, era de día, me encontraba relativamente cerca de mi casa, y sólo podía esperar a que alguien viniese a llevarme a una oscura sala de interrogatorios.

Algo debió de ocurrir sin que yo me percatara. De repente todos los allí reunidos, pactaron un silencio sin fisuras. Uno de ellos corrió a la puerta de la celda y planchó la oreja en el frío hierro oxidado.

- ¡Ya vienen!- Susurró.

Sin pensármelo dos veces, me puse de pie. Aterrorizado, procuré permanecer en un segundo plano, imaginando que al no ser percibido por los guardias, elegirían al primer desdichado al que les alcanzase la zarpa.

Ya se oían nítidamente unos pasos. Dos personas se acercaban pausadamente, sin prisa, jugando con la

tensión que imponía su ritmo. Cerca, más y más cerca. Parada y ruido de llaves. Movimiento de cerradura y crujir de bisagras. La luz de una lámpara de aceite enfoca en el interior del agujero, y una pareja de ánimas negras se coloca en el umbral de la puerta. Mueven a un lado y a otro la lámpara, buscan a alguien. Retrocedo. La pareja entra, escarba en la oscuridad. Retrocedo. Es inútil. Un fogonazo hiere mis ojos y se posa en mi rostro, sin duda para quedarse. Es la señal del milenio, la suerte de nuevo de mi parte. Ya los tengo encima y no puedo retroceder más:

- ¡Vamos sucio borracho, tu turno!

VI

Me llevaban sin esposar, flanqueado por ambos lados y agarrado de los brazos. Uno de ellos comenzó a hablarme:

- ¿Sabes dónde te llevamos?-
- Vamos responde- Dijo el compañero.
- Me vais a destripar
- Ja, ja, ja. ¡Jamás había oído llamarlo así! ¡Qué extraña jerga de pordiosero te manejas!
- Me queréis sacar las vísceras- Repetí
- Llámalo como quieras. En su día te avisamos lo que ocurriría si no colaborabas con nosotros, y aún así te dedicaste a beberte hasta la mierda de las escupideras. Hubiera sido mucho mas sencillo para nosotros, y sin duda ahora te encontrarías en una situación muy diferente.

Pero me eran indiferentes las palabras de aquel inspector. El círculo se había cerrado, y ahora iba a pagar la cuenta de la desdicha. Era el único testigo de la barbarie de la ciencia y sus esbirros, y al fin habían dado conmigo. Avanzaba por aquel pasillo y

sólo podía mirar al suelo, arrastrar los pies por aquellas mohosas baldosas y abandonarme a la muerte que me llevaba de los brazos.

- Con que no dices nada. Ya veremos si abres la boca cuando te sentemos en el camerino. Te vamos a poner bien guapo para la función. Te vas a acordar en maldita la hora que no viniste a vernos. Mas desgraciado no se puede ser, a treinta pasos de la puerta de tu casa podías haber encontrado la salvación y ahorrarte este momento, pero nada, día tras día bajabas la calle camino de tu adorada taberna, y nosotros esperando. Llegamos a confiar en que el miedo te haría darnos toda la información que te solicitásemos, pero no funcionó. La degeneración había carcomido tu alma, y la Brigada de Higiene debía intervenir. Tú te lo has buscado.

Acabó la frase, y con sus ultimas palabras resonó un eco, incluso me pareció que el suelo y las paredes

temblaban. Al instante los inspectores me soltaron los brazos, y sacaron sus pistolas. Uno de ellos me tiró al suelo, pegado a la pared y con la cabeza agachada. Realmente había estallado una bomba en una de las paredes de la comisaría. El caos se empezaba a adueñar de aquel sitio. Gritos, carreras, algún que otro disparo, y numerosas puertas abriéndose y escupiendo gente desorientada. Los presos se confundían con los guardias, los silbatos de éstos intentaban dar la alarma a otros carceleros, y yo allí, tirado en el suelo y enajenado de los acontecimientos, sin ser consciente de lo que realmente estaba ocurriendo.

Miré hacia arriba y vi como caía un inspector desplomado al suelo. Alguien le había roto la cabeza con una estaca, y había ido a parar junto a mis piernas. El otro inspector, no sabía si ayudar a su compañero, encargarse de mi o ir en busca de los presos que se estaban fugando por el hueco abierto en la pared. No había tiempo de pensar. Otra estaca fue a parar en la cabeza de mi otro captor, y

siguiendo las leyes gravitatorias fue a reunirse con su compañero inconsciente. Aún sin reaccionar, alguien me cogió del brazo, me levantó y tiró de mi.

Durante un rato me dejé llevar por la inercia del tipo que me había levantado. Ni siquiera me importaba en un primer momento a donde diablos me llevaba. Pero cuando crucé los muros de la comisaría, a través del butrón hecho por la bomba, la claridad me golpeó en los ojos e hizo que despertara de mis ensoñaciones. La actitud de abandono que gobernaban mis actos, había dado paso a un instinto de supervivencia feroz. Y es ese instinto el que me hace seguir a un grupo de fugados, reunidos fuera de la comisaría, dirigiéndose hacia un callejón desde el que alguien hace señales para que le sigamos.

- ¡Espabila, o estás muerto!- Me gritaba alguien desde mi espalda.

No podía pensar en nada, todas las energías que me quedaban las estaba empleando en correr, en seguir a

aquel grupo y no perderme por el camino. Ni siquiera miré hacia atrás cuando alguien azuzaba mi carrera a voces. Por suerte, los inspectores sólo me habían partido la cabeza, si me hubieran tocado las piernas, aún estaría tumbado en algún pasillo de la comisaría, intentando quitarme de encima a algunos de los higienistas inconscientes. Podía correr y salvar el pellejo. Mi cuerpo había conseguido librarse del encierro, pero mi mente todavía andaba presa del miedo, bajo la constante amenaza del recuerdo de aquella noche. Corría como un poseído, pero la incertidumbre me nublaba las sienes, y ahora ya no sabía que pensar. Tenía la impresión de que aquellos dos inspectores no hablaban de nada relacionado con el cirujano, que sólo me estaban ajustando las cuentas por no haber colaborado con ellos. Pero la falta de oxígeno me impedía seguir cavilando. O me centraba en la huída o acabaría tropezando, o perdiendo al grupo, volviendo a estar tirado y solo, resignándome a cumplir con el absurdo devenir que se me estaba imponiendo.

- ¡Psst! ¡Por aquí compañeros!-

Pareció que una de las paredes de un callejón nos gritaba, a la par que algunos habían desaparecido en los muros de aquel laberinto. Cuando llegó mi turno, vi como una puerta bajita y estrecha se abría, de la que salía alguien de las entrañas del muro, guiándonos a su interior.

-Estáis a salvo- Susurró alguien en la oscuridad. En poco tiempo, vuestros ojos se acostumbraran a la oscuridad, no os preocupéis y seguidme.

Ciertamente no se veía un carajo. Podía adivinar la sombra del tipo de adelante, de la que no me separaba. Nadie hablaba. En su lugar, resonaba un desfile marcial de zapatos golpeando un suelo de gravilla, sin pavimento. Nadie preguntaba nada. Era como si todos aquellos fugitivos estuvieran de acuerdo en cada uno de los movimientos a seguir, como un regimiento bien entrenado. Era el único sumido en la ignorancia, y sin duda culpable de la

misma. Si en lugar de desvariar como un loco ante aquellos presos, hubiera atendido a sus conspiraciones, quizás ahora no me encontraría convertido en un pollo de corral, que sigue en fila con los otros pollos a su madre. De modo que, sólo podía dejar que me arrastraran hasta el mismísimo infierno si hacía falta. Me guiaba por una sombra anónima, y esa era toda la seguridad que gobernaba mi vida en ese momento.

-Hemos llegado- Dijo la voz que iba en primer lugar.

La tropa se detuvo, y al instante un crujir de cerrojos se dejó sentir por toda la galería que habíamos atravesado. Una puerta se abrió, y una luz tenue de vela casi apagada, se coló entre nosotros para desvelar el misterio de cada sombra a la que perseguíamos. Pronto nos vimos dentro de una habitación amplia, sin ventanas, con dos puertas, una por la que habíamos entrado, y otra justo enfrente. Pude reconocer claramente, al barbero barbudo que quería coserme la cabeza, y a su amigo que quiso

defender la rectitud de El Alcoyano. El resto me parecían todos iguales, cortados por el patrón de las tinieblas de la celda, sin rostro, sólo definidos por los rasgos de su militancia. Y allí en el centro de la estancia, presidiendo la ceremonia de los fugitivos...
¡El Alcoyano!

- Bienvenidos. Por fortuna todos los compañeros encerrados en la celda de la comisaría han escapado. Según tengo entendido, no ha habido bajas, y hemos podido reunirnos a todos en dos grupos para organizar la salida de la ciudad.
¿Alguna pregunta?
- ¿Dónde está El Toti?- Dije asomando la cabeza.
- Ah, eres tú. Creo que deberías empezar por darnos las gracias y librarte de un interrogatorio en la comisaría del distrito. Sin embargo, voy a responder a tu pregunta. El Toti ha desaparecido. No sabemos si ha sido detenido, liquidado, o ha conseguido fugarse sin dar señales de vida. De momento, aquí estamos a salvo, y hasta que recibamos noticias del otro grupo, mejor será

que aguardemos aquí hasta que las patrullas de búsqueda se retiren.

Estaba totalmente lúcido, un poco mareado por el sofoco de la huída, pero con ganas de aprehender el medio que me circundaba. Miré a mi alrededor y conté un total de cuatro fugados, El Alcoyano y yo. Por lo que en aquel refugio nos encontrábamos un total de seis personas, sin problemas de espacio. Unos miraban al suelo, otros se dedicaban a discutir sobre las medidas a tomar en la salida del escondrijo y posterior fuga de la ciudad. Pero yo tenía los discursos en otro sitio. Con decisión, me puse en el centro de la estancia y dije:

- Hay algo que creo deben de saber. A estas alturas, de poco ha de servirnos, pero creo necesario que tengáis conocimiento de algunas atrocidades de las que he sido testigo.

Con pelos y señales conté la desventurada noche que pasé desde que presencié el atroz asalto a las

tuberías, hasta que me tomaron la medida del cráneo de un porrazo. Nadie me interrumpió. Me miraban como si aún siguiese poseído por los delirios que ya me habían oído vociferar en la celda, pero no dejaron de prestarme atención, quien sabe si por interés o por ser la mejor manera de pasar unos momentos tan tensos, escuchando a un loco de remate hablando de cirujanos carniceros que viajan en coches negros. Cuando hube terminado, sólo El Alcoyano me miró fijamente y dijo:

- Maldito loco, pero ¿Cómo quieres que nos creamos una historia así, que no hay por donde cogerla? A mi modesto entender, lo único que ha quedado claro es que llevabas una trompa de aúpa, que no sé cuantas veces te vomitaste en los zapatos, y que acabaste tirado en el suelo contemplando, como si de un palco de teatro se tratase, la infame disección de un vagabundo por parte de un cirujano que trabaja al lado de tu casa. No sé a vosotros, pero me estoy arrepintiendo de haber traído a este condenado.

Eres un patético estorbo, venido a más con una historia que sólo un loco de remate podría inventar.

No me dio tiempo a contestar. La tentativa de defender la veracidad de aquello que vieron mis ojos, se vio truncada por dos golpes secos en una de las puertas. Luego dos más. Y finalmente tres de seguido.

- ¿Quién va?- Dijo El Alcoyano

Se hizo el silencio entre nosotros. Algunos palidecieron de terror, pensando que todo estaba perdido, y serían allí mismo ajusticiados. Pero todos esperamos una respuesta.

- La Virreina de Cuba- Dijo alguien desde el otro lado.

Jamás hubiera pensado que me tomarían a guasa. En el preciso instante en que decidí contar mi particular

odisea, pesaba sobre mí la certeza de estar haciendo justicia, de guiarme por los más altos valores, buscando a fin de cuentas una redención a mis hábitos libertinos. Solo indiferencia y comentarios jocosos juzgaron mi relato. ¿Y a quién iba yo contar ahora toda aquella historia, que a oídos cuerdos sonaba a patraña pura y dura? ¿Y quién era esa Virreina de Cuba, acaso sería ella quien creyera a un borracho que quería recuperar la dignidad?

El Alcoyano abrió la puerta, y la silueta de una mujer se coló por la rendija. Una joven con un pañuelo negro en la cabeza, cruzó el umbral de la puerta. Nadie pudimos verla bien la cara hasta que cerró la puerta y se giró hacia nosotros. Se quitó un mandil negro que llevaba arropándoles los hombros, echó las manos a la nuca, y quitándose el pañuelo dejó libres unos cabellos más negros que el mandil y el pañuelo juntos. De un meneo hacia atrás, los apartó del rostro y por fin pudimos ver su cara. Era preciosa, con una belleza sin pulir rara por aquellos barrios. A decir verdad, me hubiera importado poco

que no creyera ni una sola palabra de mi historia. Ni sabría por dónde empezar. Seguramente tendría esa cara de estúpido que se impresiona por la presencia de una mujer guapa, que no aguanta bien la imponente de una belleza intratable, y que sólo tartamudea cuando simplemente se pretende dar la bienvenida. Sin embargo, debía concentrarme. Había llegado el momento de irnos.

Aquella joven nos miró a todos, hizo como que contaba cuantos estábamos y sería, con impenetrable gesto, dijo:

- ¡Nos vamos!

VII

- Compañeros, si todo sale según lo planeado, mañana estaréis camino del puerto de Valencia, con un billete hacia las Américas en el bolsillo, y la partida ganada al diablo. Pero hemos de darnos prisa, el otro grupo está pendiente de nuestros movimientos. Todas las salidas de la ciudad están vigiladas, salvo una. A muchos niños sonarán los pasadizos que recorren el subsuelo de una punta a otra. Fueron construidos durante la ocupación francesa para evacuar a los nobles que veían peligrar su pescuezo, ya fuera por su mala gestión y perdieran la confianza del pueblo, ya por caer en desgracia de los reyes de turno. Sabemos de buena tinta, que hace más de cincuenta años que no se usan, pero que se encuentran en buenas condiciones. Son la ruta perfecta en nuestro plan de huida.

Quien sabe si por su impactante belleza, o por la decisión de sus palabras, a nadie se le ocurrió abrir la boca mientras hablaba. Al instante, depositamos toda nuestra confianza en aquella joven, aunque bien

mirado, tampoco teníamos más opciones. En aquel agujero, sólo podíamos morir de hambre, si no lo hacíamos antes de aburrimiento. Así que, cual regimiento que se prepara para formar en un día de instrucción, nos enderezamos y esperamos las instrucciones oportunas.

- Será mejor que salgáis en grupos de dos para no llamar la atención. Yo iré la primera y El Alcoyano cerrará el grupo, protegiendo la retaguardia.

Abrió la puerta. Sacó primero la nariz cual sabueso, olfateando la tensión del ambiente, o simplemente para comprobar que no olía a pólvora de algún disparo cercano. Después de la nariz, deslizó el resto del cuerpo fuera del refugio, y así uno tras otro la fueron imitando por parejas hasta que llegó mi turno.

- Lo siento amigo, pero tú no vas a ninguna parte.

El Alcoyano se puso delante de la puerta, con los brazos cruzados, escondiendo algo debajo del sobaco. Intenté abordarle para resbalar por el umbral de la puerta, pero fue inútil. Aquella sabandija sacó una navaja de un palmo de largo y me lanzó una cuchillada que por fortuna logré esquivar.

- Ahora lo veo todo claro, miserable- Dije poniendo los cinco sentidos en los envites de El Alcoyano.
- Mira, será mejor que no hagas esperar al resto. Tú de aquí no pasas y asunto zanjado- Lanzándome otra cuchillada al aire.
- Sucio traidor, eres un esbirro que trabaja para la Brigada de higienistas sádicos. Y ahora quieres cerrarme la boca.
- Estúpido loco. El vino te ha secado la mollera. ¿Y para qué iba a sacaros yo de una cárcel de la Brigada si trabajase para ellos?
- A estas alturas me espero cualquier cosa, maldito cobarde.

Como no podía salir de la habitación y dar la voz de alarma al resto, tuve que aguantar una tras otra las embestidas del de Alcoy, hasta que conseguí hacerme con la única silla que había en aquel lugar, acompañando a una solitaria mesa desvencijada.

- Espera lo que quieras, sólo un ataúd vendrá a buscarte. Si por mis jefes preguntas, ya que no vas salir vivo de ésta, te diré que la Brigada es sólo una pieza más que mueve a su antojo mi jefe. Durante más de veinte años he convivido, hombro con hombro, con la flor y nata de la vanguardia revolucionaria de este país. Una y otra vez, gracias a mis informes, todos los conatos de insurrección fueron sofocados, y jamás nadie sospechó de mis intenciones. Hasta última hora, el mismo Toti confiaba plenamente en mí, pero ya me había servido con creces en mi misión, así que tuve que quitármelo de en medio.
- En eso te equivocas, no sólo yo he visto que no eras trigo limpio, a esos que piensas sacar de la ciudad, maldita la gracia que les hace tener que

seguirte. Dime mal nacido, ¿Quién es tu jefe?
¿Acaso ese cirujano carnicero?

- El doctor Erguido, ni me conoce, ni sabe lo que hago, y muy de su gusto sería echarme el guante para desentrañar mi alma y mis vísceras, si no tuviera la espalda cubierta. Pero no tienes por qué preocuparte, cuando acabe contigo no pienso hurgar en tus intestinos o sacarte el cerebro para meterlo en un frasco.
- Pero dime una cosa. ¿Por qué tantas molestias en sacarnos de la cárcel, a donde nos lleváis realmente?
- Serás cabeza de chorlito. ¿Aún no has entendido que esos anarquistas me son más valiosos vivos y conspirando que amoratados en una sala de interrogatorios? ¿No ves que deben seguir confiando en mí para no levantar sospechas? Bien, reza lo que sepas, ha llegado tu hora.

Se abalanzó sobre mi como una bestia enardecida, hambrienta de sangre y empuñando el sable de un palmo. Pero su estocada fue a parar contra la silla

que sujetaba, quedando desarmado. Era mi ocasión. El Alcoyano que se agacha para recoger su cuchillo, mi silla que se estampana en su nuca, pegándole un bocado al suelo que hace que le salten los dientes. No vacilo un instante. Con los restos del ensamblado de la silla, continuó golpeándole en la cabeza hasta que saltan astillas de su cráneo. Como por instinto apago la luz del candil que ilumina todo, y permanezco en silencio, a oscuras y bañado en sangre.

Permanecí allí alrededor de dos horas tirado en una esquina, pensando en todo aquello, en qué hacer y cómo hacerlo. El Alcoyano no se movía, y una ensalada de cabellos, astillas y sesos adornaban los alrededores de su cabeza. Ya no había vuelta atrás. La Brigada me buscaba, no tenía muy claro si el doctor Erguido andaba detrás de mí, y ahora había liquidado a un esbirro, posiblemente un agente de mucho peso. Tenía que huir como fuera, salir de la ciudad, del país, pero primero debía abandonar aquella habitación que se había convertido en una

tumba para El Alcoyano, y lo sería para mí si no espabilaba. Me levanté, abrí la puerta y asomé la cabeza por la rendija de la puerta. Ni un alma en la calle, ni una luz alumbrando el callejón. Era una noche cerrada, muy nublada y sin luna. Al menos, por esta vez, las tinieblas jugarían en mi favor. Tomé la decisión, cerré la puerta tras de mí y me dirigí calle abajo, siempre hacia abajo, en dirección al río.

Por el camino no me crucé con nadie. Tenía el camino trazado en la mente y sólo me preocupaba llegar a la ribera del río, cruzarlo y desaparecer por alguno de los campos de cultivo del otro lado. Podría haberme cruzado con cualquiera, un borracho, un sereno, un guardia, con cualquier aficionado a las horas intempestivas, con la cara llena de chorretones de sangre, quien sabe si mía o de El Alcoyano. Pero no dejé de mirar al camino, no me detuve un instante y al final llegué a la orilla del río. Mi decisión era tal, que aun siendo pleno invierno, me lancé al río como un poseído que necesita bautizarse y librarse de todo mal. Mis

heridas se lavaron, las costras desaparecieron y la buena fortuna debía de estar sonriéndome, porque a pocos metros de la haber cruzado el río, encontré entre la maleza una capa olvidada por algún pescador. Me despojé de toda la ropa y me arrojé con la capa, dispuesto a caminar lo que quedaba de noche. Era un fugitivo, estaba medio desnudo y el campo por el que iba caminando era un inmenso agujero negro del que nunca podría haber salido, pero continuaba sin descanso.

Durante tres días caminé solo de noche, alimentándome de los frutos de las huertas cercanas, sobreviviendo como una condenada alimaña. Por las noches, según avanzaba por entre los terruños, imaginaba que llegaba a cualquier puerto del norte y encontraba trabajo en algún barco que se dirigiera a América. Pensaba en sus playas, en sus mujeres y sus licores, y todas esas cosas espantosas que dejaría atrás, que jamás volvería a ver, salvo en la truculenta narración de alguna novela oscura, de algún autor enfermo. Y así, al cabo de una semana, parecía otro.

Me había dejado crecer la barba, mis heridas habían curado, y había conseguido unos pantalones de labriego y una camisa limpia. Sólo me faltaba el remate de suerte que jamás había tenido. Conocí un grupo de jornaleros que se dirigían al norte para la campaña de la remolacha, los cuales me ofrecieron un jornal seguro durante un par de meses, hasta el final del invierno. Era la oportunidad perfecta. Podría desaparecer y ganar lo suficiente para marcharme a América. Era un buen plan.

Cuando era un niño, Germinal me decía que cuando en nuestro pueblo era verano, en otro con exactamente el mismo nombre en la pampa Argentina, era invierno, y así del mismo modo, cuando en el pueblo era invierno, en aquel pueblito argentino se pelaban de calor. El día que embarcaba en un buque con destino a Buenos Aires, comenzaba la primavera, había terminado la cosecha de la remolacha, y en aquella pasarela por la que subía, comenzaba una vida nueva, con un cambio de estación nuevo. Llegaría y por arte de magia, ya no

sería primavera, sino que el otoño nos anunciaría la inminente llegada del crudo invierno. Pero me sentía bien. Si había conseguido escapar de las fauces del invierno más terrible de mi vida, el frío se habría convertido en mi aliado, un santo protector que no dejaría de velar por mí. Mil años de mala suerte iban a ser arrojados por la borda de aquel buque en medio del Atlántico, y por fin, brindar con el licor destilado en los confines del mundo, en la taberna de una nueva vida.

Epilogo

Llegó el verano de aquel 1890, y como ya era tradicional en los últimos periodos estivales, las cosas en el gobierno empezaron a no funcionar. Quien sabe si por el calor, o porque era la época del año en que se paralizaba la mayor parte de actividades del país, los cerebros del gobierno comenzaban a rechinar y el ruido de sables inundaba las salas del Congreso. La situación era insostenible, y nadie daba un real por la continuidad del presidente y sus ministros. De este modo, a comienzos de Julio, se llegó a un acuerdo institucional, y el presidente abandonó el cargo, pasando el relevo al nuevo, que por lo demás, era percibido por el pueblo exactamente igual al anterior, con los trajes cortados por el mismo patrón, y el afeitado igual de rasurado que el depuesto presidente. Se tomaron las medidas oportunas para superar la nueva crisis de gabinete, el ministerio de gobernación cambió de titular, y la tradicional política de mantener la anarquía a raya, quedó en suspenso durante unos meses.

La Brigada de Higiene Social y Política tuvo que hacer las maletas y abandonar sus oficinas del Hospital de los Desamparados. El nuevo Ministro de Gobernación había decidido poner coto a las opacas actividades de la Brigada, hasta tener un informe detallado de en qué habían consistido sus investigaciones durante el anterior gobierno. Así que durante unos meses, los obreros que no habían sido amenazados, detenidos o extorsionados, pudieron respirar aliviados, tomarse sus jarras de vino tranquilos y liarse a mamporros con los compañeros en la Taberna de los Madereros. Sin éxito se abandonó la búsqueda de los fugados de la cárcel de la Brigada, así que con su desaparición, se había puesto el punto y final a la campaña de persecuciones indiscriminadas a los obreros de la ciudad, fueran anarquistas o simples pobladores del cementerio caliente.

El doctor León Erguido Ybarrola, acabó el curso académico y sus clases prácticas en el Hospital de los Desamparados. Pero del mismo modo, sus

actividades extra escolares se vieron interrumpidas por el repentino cambio de gobierno. Ni que decir tiene, que al cesar las *razzias* nocturnas del cirujano, la prensa burguesa, por arte de magia, olvidó la comidilla de los últimos meses en torno al anarquista monomaniaco, destripador de mendigos y salvaje amenaza a las buenas costumbres. Y a otra cosa mariposa.

El beneplácito del que gozaba a la hora de obtener sujetos para sus investigaciones, terminó por extinguirse, con lo que una vez corregidos los exámenes finales, y clausurado el curso, cerró su aula de disecciones, empaquetó todos sus libros en cientos de cajas, junto con su secretaria y los soconuscos de su servicio doméstico, puso rumbo a la Argentina. Desde allí, no paraban de llegarle misivas de investigadores criollos relatándole los avances de la ciencia criminológica en todas sus disciplinas, la Antropología, la Medicina, la Psicología. A lo cual, el doctor Erguido respondía con informes detallados de sus últimas

investigaciones, abarrotados de tecnicismos y neologismos forenses, que daban al conjunto un aire de solemnidad muy apreciado desde el otro lado del charco. Sin pensárselo, al primer ofrecimiento de una cátedra en la Universidad de Buenos Aires, hizo las maletas y se dirigió con su sequito y sus libros hacia el puerto de Vigo. Con lo que el doctor Erguido, aunque trasladaba su gabinete forense a otro continente, a lo lejos divisaba una nueva oportunidad para sus trabajos, con nuevos retos en la obtención de sujetos de estudio, y aguardando la llegada de un nuevo invierno idóneo para continuar los combates por la Civilización.



Fachada Principal Hospital San Carlos. Aranjuez
(Madrid)

